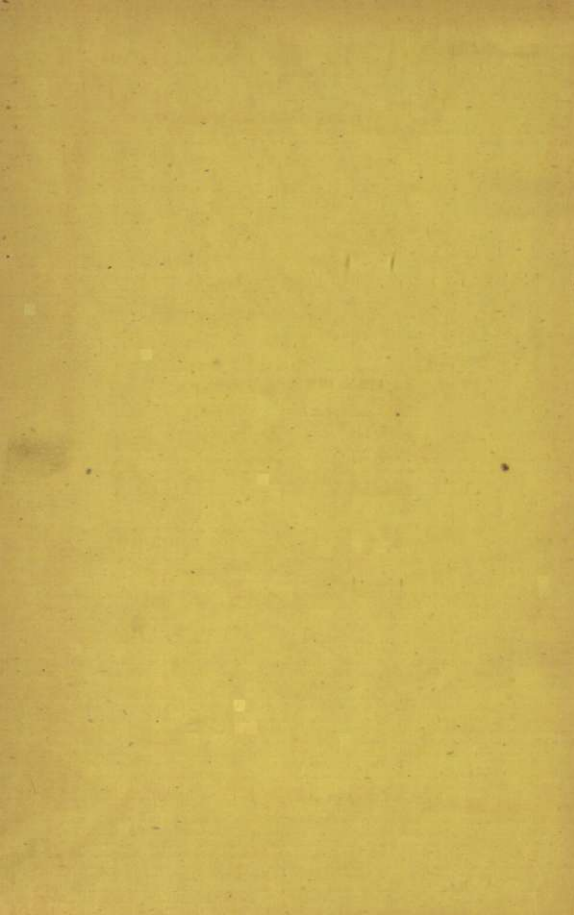




ANT

XIX

243



LA

CRUZ DE QUIROS

71.

PARIS. — IMP. SIMON RAÇON ET COMP., RUE D'ESFURTH, 1.

R. 42.043

CRONICAS ROMANESCAS DE ESPAÑA



LA

CRUZ DE QUIROS

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO

PARIS

LIBRERIA DE ROSA Y BOURET

23, CALLE VISCONTI, 23

1868

Propiedad de los editores



CAPITULO PRIMERO

UN NIDO DE AGUILAS





I

Hay sobre la tierra de España, al Oriente, una tierra bellísima, siempre verde, siempre hermosa.

Esta tierra, favorecida por Dios, es la tierra de Granada.

La ciudad querida del Profeta, como dicen aun los descendientes de los moros que fueron arrojados de ella en 1492.

Granada se levanta sobre sus siete colinas, al pie de un grupo de montañas azules y blancas, teniendo á su pie, hácia el Poniente, la fértil llanura llamada la Vega, salpicada de blancas y alegres aldeas, que son como nidos de palomas entre los fructíferos olivares y las opulentas viñas.

Al Oriente se levanta una montaña altísima, cuya cima está siempre blanca, aun en el rigor del verano.

Esta montaña es Sierra-Nevada.

Aquella punta blanca, que se ve á muchas leguas de distancia, es el *Picacho de Veleta*.

II

Quien no ha visto á Granada, no ha visto la maravilla de las maravillas.

Nosotros renunciarnos á describirla.

Aquellos de nuestros lectores que amen lo bello, lo poético de la naturaleza y lo maravilloso de la arquitectura árabe, envuelto todo por el prestigio de la leyenda y de los altos recuerdos históricos, debe visitar á Granada, á su tierra, á sus montañas, á sus costas.

III

Una de las montañas azules que forman el espléndido cerco de la Vega, es la Sierra de Moclin.

El sol desaparecia detrás de ella en una hermosa tarde de la primavera de 1640.

Un jóven ginete, como de veinticuatro años, que acababa de dejar el camino de Málaga, por el que habia aparecido al galope de su magnífico caballo negro como la noche, atravesó á poca distancia el Genil por el vado de Pinos de la Puente, y empezó á trepar por un suave recuesto hácia unas ásperas quebraduras, primera accion de la Sierra de Moclin.

Este ginete se habia quitado el sombrero al pasar por delante de una cruz de piedra levantada en el cruce del camino, y habia mirado con una estrema fijeza y con una espresion singular el terreno próximo á la cruz, que estaba terminado por espesos árboles.

— Tampoco hoy, dijo despues de aquella mirada : ¿ qué habrá acontecido ?

Y el jóven ginete lanzó una mirada amenazadora á la parte superior de una blanca torrecilla que se veia por encima de los árboles.

Despues seguia haciendo galopar al caballo, á quien habia detenido durante un momento.

Muy pronto el vigoroso animal ganó las quebraduras, y aunque el terreno en que se habia aventurado era áspero, no por eso amenguaba la velocidad de su carrera.

Era, sin duda, un caballo de montaña.

De bandido ó de contrabandista.

De un hombre que, en fin, con mucha frecuencia tiene que escapar, y evitar que sea para él un obstáculo el terreno.

IV

El ginete que hemos presentado en escena no era contrabandista.

Su caballo no llevaba carga, ni la montura era á propósito para ello.

LA CRUZ DE QUIROS.

Consistia en una silla árabe, un poco mas acen-
tuada que las que ahora se llaman albardillas je-
rezanas.

La brida era completamente árabe tambien, y
el pretal y la vaticola eran de seda recargados de
alhamares.

En el borren delantero se veian dos largas pis-
toleras, por encima de las cuales salian las curvas
y graciosas culatas de dos pistolas morunas.

Esto no quiere decir que nuestro ginete fuese
morisco.

Las armas de Andalucía, y particularmente en
el reino de Granada, y que llevaba todo el mun-
do, afectaban la forma árabe.

A este gusto pertenecia tambien la larga esco-
peta que pendia de la parte posterior de la silla.

Del ginete no se veia mas que el semblante,
que era moreno y enérgicamente hermoso, y unas
piernas cubiertas con botas de gamuza.

Lo demás lo cubria una capa completamente
roja, en que iba envuelto.

Un ancho sombrero, color de avellana requemada, con pluma y cinta negras, cubria su cabeza, y á su costado izquierdo, por debajo de la capa asomaba una espada.

El caballo continuó ascendiendo.

Torció, y revolvió por entre las ásperas quebraduras, y al fin, cuando ya empezaba á caer la noche, llegó á una cumbre que determinaba una ancha y plana plataforma.

V

Una de esas viejas y desmochadas torres de piedra cubierta por el musgo de los siglos, redonda, aislada, que se ven por todas partes sobre los montes en el Mediodía de España, una torre, en fin, de atalaya, se alzaba negra, recortándose sobre el celaje, débilmente esclarecido por la úl-

tima luz del crepúsculo, al borde de esta cumbre, sobre unas asperísimas y tajadas rocas hacía la parte de Granada, que se veía de una manera indecisa desde allí á una distancia á lo menos de cinco leguas.

El acceso hasta la cumbre era tan áspero, tan quebradizo, tan difícil, que se comprendía bien que muy pocos hombres pudieran defender la subida á un ejército.

La torre, que desde abajo parecía pequeñísima, una vez al pie de ella parecía gigantesca.

Todas estas torres de atalaya habian sido abandonadas como inútiles, en el momento en que no se habian tenido enemigos dentro de España.

Desde el momento en que España entera estuvo bajo la corona de los Reyes Católicos.

Ya no habia necesidad de hacer humaredas ni fogaradas, para avisar ya de una parte la entrada de aragoneses ó de navarros en Castilla, ó una irupcion de los moros por las fronteras de Andalucía.

Las únicas torres de atalaya que habian que-

dado en servicio, eran las del Pirineo y las de las costas.

Por una parte amenazaban los franceses.

Por la otra los piratas berberiscos.

En el interior no habia peligro alguno que avisar.

VI

Así, pues, la atalaya de Moclin habia sido abandonada hacia mucho tiempo á las águilas ó á los bandidos, que venían á ser una misma cosa.

Aves de rapiña.

Aves carnívoras.

Apenas nuestro ginete habia superado la cumbre del monte, cuando apareció en la punta de la torre un enano monstruoso.

La tercera parte de un gigante.

Creemos haber explicado lo que aquel ser era con la frase anterior.

Debemos añadir que era jorobado, y que sus manos, cuando dejaba caer los brazos, tocaban casi el suelo.

Su semblante, largo, acentuado, de formas salientes, tenia mucho del semblante de un sátiro y estaba ennegrecido, por una espresion terrible, por una espresión de fiera.

VII

Este hombre estendió uno de sus largos brazos y tomó las riendas que le arrojó el ginete que se habia echado á tierra con una gran lijereza.

— De manera que si en vez de ser yo hubiera sido un hombre de justicia, hubiese llegado sin

accidente, dijo el ginete con un acento de reprension amenazador.

— Ya os habia visto subir yo, Señor Pedro, dijo humildemente el enano ; pero entrad, entrad, que hay dentro alguien que os está esperando.

— ¿ De la casería ?

— De la caseria.

Se llaman en Granada caserías las casas que son al mismo tiempo de campo y de placer.

Entró vivamente el Señor Pedro.

Pasado el ingreso tomó por unas empinadas y estrechas escaleras de caracol de piedra, y al fin de ellas se encontró en una especie de cámara circular.

Todo lo que en aquella cámara se habia hecho habia sido blanquear con cal sus muros de piedra y abrir una especie de chimenea al fondo frente de la puerta.

Aquella chimenea estaba encendida, porque en la sierra la primavera es todavía el invierno.

Un lecho, una mesa y algunos escabeles, era

todo el menaje de aquella habitacion destartalada y de bóveda sumamente alta.

En los muros se veian colgadas algunas armas ofensivas y defensivas.

Tres profundas ventanas estaban abiertas á igual distancia en el grueso muro, y por ellas penetraba libremente el aire, aunque tenia fuertes hojas para cerrarlas.

Se conocia que la gente que allí habitaba era dura.

I

El Señor Pedro entró solo en aquella estancia.

La mujer se levantó al verle.

Era una hermosa aldeana de la Vega, natural de la cercana villa de Moclin.

Esta jóven parecia profundamente preocupada.

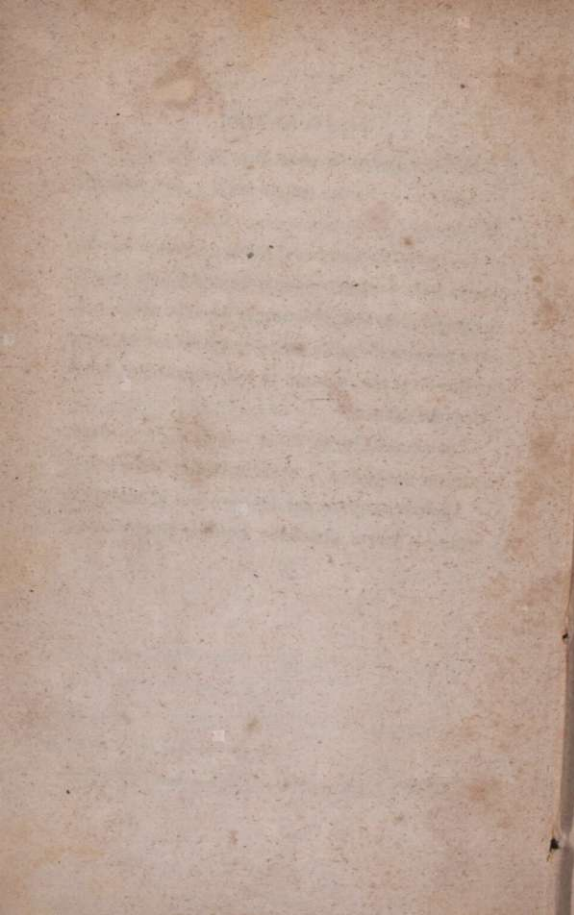
El Señor Pedro se quitó la capa.

Apareció entonces con un bello y rico traje de hidalgo.

Gorguera de Cambray, colete de ámbar bordado de seda y plata, mangas de terciopelo negro galoneadas de oro, greguescas de lo mismo igualmente galoneadas de oro, y acuchillados en rojo, calzas de grana, y como ya lo hemos dicho, botas ricas de gamuza.

Las empuñaduras de su espada y de su daga, estaban magnífica y artísticamente cinceladas.

Además, sujetos por los ganchos al cinturon, tenia dos largos pistoletes, tambien muy ricos.



CAPITULO II

UNA CARTA



— ¿Qué sucede Mari-Perez, preguntó vivamente y con muestra de un gran interés el Señor Pedro á la jóven.

— Si no quereis perder todas vuestras esperanzas, dijo Mari-Perez, si no quereis que mi se-

ñora muera desesperada, haced lo que en esta carta os dice mi señora.

— Ya he estrañado yo no verla con vos en la cruz del camino como todas las tardes, dijo el Señor Pedro, que daba vueltas á la carta temeroso de conocer su contenido, y mirándola de una manera ardiente é intensa, como si hubiera pretendido leerla á través del sobre.

— Mi señora no está en la casería, dijo Mari-Perez.

El Señor Pedro se puso sumamente pálido.

— Esta mañana, continuó Mari-Perez, se la ha llevado su padre á Granada.

— ¡Cómo! exclamó el Señor Pedro frunciendo de una manera terrible el entrecejo.

— Y á estas horas, continuó Mari-Perez, estará en el convento de Santa Isabel la Real con su tia la monja.

— ¡Dios de Dios! exclamó el Señor Pedro, que á cada momento estaba mas pálido y mas terrible.

— Anoche, dijo Mari-Perez, hubo en la caseria un disgusto terrible ; de tal manera, que el Almirante maltrató de palabra y de obra á mi señora.

El Señor Pedro lanzó un rugido de rabia, tembló de los pies á la cabeza, y dijo :

— ¡ Vive Dios, que el padre me la ha de pagar !

Y luego rompió el sobre de la carta, y despues que la hubo leído, la arrugó furioso entre las manos.

Lo que habia leído era terrible.

« Me quieren casar con un hombre odioso : sálvame: no puedo escribirte mas; María, que se queda en la caseria, te dirá lo que yo no puedo decirte. — Margarita. »

II

El Señor Pedro se puso á pasear agitado y sombrío á lo largo de la estancia.

Maria le miraba temblando.

Lo temia todo de su cólera.

Al fin el Señor Pedro se detuvo, y encarándose á Mari-Perez la dijo con voz vibrante y seca :

— Contad.

—¿ Y qué os he de decir yo, desdichada, exclamó Maria á quien cada vez el Señor Pedro aterraba mas, sino que quieren casar á mi señora con el Conde de Puerto-Llano?

— ¡ Ah ! sin piedad, exclamó el Señor Pedro sonriendo de una manera feroz ; no se casará Margarita, yo lo aseguro, á lo menos con el Conde de Puerto-Llano.

— La harán profesar.

— La robaré yo del convento.

— ¡ Os perdereis !...

— ¿ Y qué mas perdicion para mí que perderla?

— La perdereis á ella.

— Ella lo arrostra todo, hasta la muerte, por mi amor.

— ¿ Pero el alma .

— Por un amor como el nuestro la vida, el alma, la eternidad.

Mari-Perez miraba á cada momento con mas espanto al Señor Pedro.

El semblante de este se habia esclarecido.

Con la misma facilidad con que se habia irritado, habia vuelto á su tranquilidad.

Y esta tranquilidad aumentaba el temor de Mari-Perez, porque se veia claro que el Señor Pedro Quirós estaba resuelto á todo, y tenia seguridad en sus medios.

III

— ¿Y quién se ha quedado en la casería? preguntó Quirós.

— El Señor.

— ¿Solo?

— Con el mayordomo, el cocinero y cuatro lacayos.

— ¿Y vos?

— A mí me han enviado á mi casa.

— ¿En vuestra casa estais mal, María?

— No tan mal, si no fuera porque tengo padraastro y porque mi madre no me quiere...

— Os hacen trabajar demasiado.

— Qué le hemos de hacer; yo estaba muy bien con la señora, y podía haberme ido con ella al convento; pero no me gusta estar encerrada.

— Vos os quedais aqui.

— ¿Aquí?

— Si, aquí, con nosotros : sino ¿ cómo habriais de ver todos los dias á Capuchin, á quien tanto amais ?

— No: vosotros no sois buena gente.

— Nosotros somos unos guapos mozos que nos buscamos la vida como podemos.

— Es verdad ; pero estais pregonados.

— Qué quereis, la justicia está enamorada de nuestras cabezas, y no repara en el precio ; pero la sucede como á los enamorados viejos y feos que son ricos, que á pesar de su dinero se quedan sin la novia.

— Sois malos, y teneis aterrada la comarca.

— Nosotros no nos metemos mas que con los ricos, que son peores que nosotros, porque se tragan la sangre del pobre.

— No digais eso, que si hay ricos malos, tambien hay ricos buenos.

— Pero á los ricos que son buenos los respe-

tamos y con lo que quitamos á los ricos infames, favorecemos á los pobres.

— Hace poco, la ermita de Nuestra Señora de los Campos estaba hecha un corral de vacas.

— Es verdad.

— ¿Y ahora? Ya no cae dentro la lluvia porque se ha techado: antes las paredes estaban negras; ¿y ahora? el Señor Juan de Sevilla vino de Granada y pintó las paredes y el techo: la Virgen estaba desnudita y ahora tiene uno, dos, tres, cinco mantos de oro y perlas.

— Es verdad.

— La lámpara arde todas las noches, se dice misa todos los dias, hay campanas y cálices y ornamentos.

— Es verdad.

— ¿Y quién ha hecho esto mas que los *Diez Compadres*? ¿Quién socorre á los pobres mas que ellos?

— Es verdad, Señor Pedro, pero matais; sin mas andar, ayer en el Quejigar Hondo, en medio

de la vereda que va de Moclin á Pinos de la Puente, se encontró un hombre colgado de un roble.

— Ese hombre era soplón de la Santa Hermandad, que nos andaba á la husma : un pícaro que ha estado en galeras, y que antes de meterse á criado de los cuadrilleros ha sido cuatrero (1) y seguia siéndolo.

— Es verdad : pero otros...

— Todos lo mismo : pícaros merecedores de horca, ó alguno de los que están hermanados con nosotros que nos ha vendido.

— No hace tres semanas encontrásteis en el camino de Illora una pobre doncella y...

Nubló terriblemente el ceño Quirós.

— La pobre ha muerto desesperada... y se iba á casar.

— ¡ Vive Dios, que quien hizo aquello fué Mala-Sangre, que tenia bien puesto el nombre : iba solo el bribon á llevar una carta mia al alcalde de

(1) Ladron de ganado.

llora, y por eso se ha atrevido á tanto : pero ya lo arcabuceé, y todos los que han quedado han visto su cabeza puesta en el lugar del delito: mas su mano derecha amaneció una mañana clavada en la puerta de la casa de la pobre Francisca con un letrero que decia :

«Esta justicia la ha hecho el capitan de los Diez Compadres.»

—Es verdad, es verdad, dijo Maria, que como todos los andaluces, tenia una decidida afición á los bandidos bizarros.

Y tanto era así, como que amaba con toda su alma á Juan Capuchin, uno de los mas bravos y mejores mozos de los Diez Compadres.

—Nosotros somos mejores que muchos, dijo Quirós, y con nosotros se vive bien : vos os quedareis con nosotros.

—¿Pero, mi honra?...

—¡Vuestra honra! mañana os casaré yo con Capuchin.

Enrojcióse vivamente la muchacha, y en sus

ojos apareció una espresion de contento, como el que produce el sentimiento de la felicidad.

—Esta noche os quedareis aquí, añadió Quirós : un buen mozo que habeis visto al entrar os servirá.

Se estremeció María.

—Nada temais, ese lobo no ama mas que el vino y la carne y el tabaco, lo demás le importa muy poco : en todo caso se guardarán muy bien aun de mirar á una mujer que corre por mi cuenta. Vais á ver.

Y Quirós, asomándose á una ventana de las que correspondian á la plataforma del monte.

— ¡ Fierabrás ! dijo.

Un minuto despues, el enano estaba delante de su jefe.

—Hé aquí la novia de Capuchin, le dijo.

Fierabrás hizo una señal afirmativa.

—Por lo tanto, continuó Quirós, le son debidas grandes consideraciones.

Segunda señal afirmativa de Barrabás.

—Va á quedarse aquí esta noche.

Barrabás hizo un gesto y un movimiento que parecia querer decir :

—En buen hora.

—Queda confiada á tu cuidado.

Tercera señal afirmativa de Barrabás.

—Ahora, dijo Quirós, enjaézame el Tordillo, Leal está muy cansado : á los muchachos, que vayan á la Rambla Negra.

Barrabás salió.

—Ya lo veis, dijo Quirós : aquí os vais á quedar de reina : yo no volveré en toda la noche, y tal vez ni en todo el dia : podeis usar mi lecho : Barrabás mudará las ropas, y aun los colchones si es necesario : si teneis apetito, comed ; si teneis sed, bebed ; aquí hay de todo, María, este es mi palacio, y está bien provisto.

Y como acabadas de decir estas palabras hubiese concluido el señor Pedro de ceñirse una coracina fuerte y de ponerse su casco, tomó una

lanza á la gineta, y envolviéndose en su manto rojo, se despidió de María y salió.

Esta se quedó aturdida, temerosa, pesarosa de la determinacion que por amor á Capuchin habia tomado.

La causaba miedo Barrabás.

Pero la causaba un miedo infinitamente mayor la duda de lo que harian aquella noche los Diez Compadres y su capitan.

CAPITULO III

LOS DIEZ COMPADRES

I

Pedro Quirós, perfectamente armado, jinete en un fuerte caballo tordo, descendía poco despues rápidamente por la parte opuesta de la montaña, entre unas quebraduras casi inaccesibles.

A veces el caballo descendía por unas verdade-

ras escaleras abiertas en la roca, por el continuo roce de las vertientes durante siglos y siglos.

La noche era muy clara, porque resplandecía la luna llena con todo el esplendor que ostenta sobre las fértiles regiones del Mediodía.

Sin embargo, de trecho en trecho, al pasar por un angosto cañon cerrado en su parte superior por los brezos, los espinos y la madreselva, ó bajo una tupida espesura de castaños ó de robles, el ginete permanecía envuelto en las mas densas tinieblas, lo que no impedía que el Tordillo adelantase con seguridad y rapidez.

Las altas cortaduras, las irregulares y bravías accidentaciones del terreno, producian gigantescas penumbras que multiplicaban las formas indecisas y fantásticas.

La soledad era absoluta.

La calma profunda.

Todos esos ruidos nocturnos que producen la magnífica sinfonia nocturna de la naturaleza, el rumor de las corrientes, el canto de los insectos y

reptiles y de los ruiseñores, el ladrido de los vigilantes perros campestres, y el monótono zumbar del viento en las espesuras, se escuchaban por todas partes.

Todo era poético, bello, sombrío y terrible á la par.

Atravesando esta naturaleza agreste envuelta por esta calma, absorbiendo todos los efectos del paisaje y de su luz, oyendo todos aquellos ruidos la imaginacion de Quirós se exaltaba mas y mas, y se iba desarrollando en ella el plan del siniestro drama, que muy pronto empezarán á ver y oir nuestros lectores.

Al fin, y despues de tres cuartos de hora de marcha, Pedro Quirós llegó á una profunda y an-

chísima rambla, que separaba la montaña donde estaba la atalaya de otra montaña inmediata.

Aquella rambla estaba flanqueada por gigantescos grupos de altísimas rocas cortadas á pico, de formas fuertemente caprichosas y de un color gris oscuro.

Era sombría, tétrica, terrible.

Su sola vista hacía pensar en los bandidos, en el asesinato.

Por esto tal vez se llamaba la Rambla Negra.

Por allí no pasaba jamás nadie, como no fuese algun huido, ó por el contrario, alguna tropa de cuadrilleros de las poblaciones inmediatas, que hacian bravamente una batida de criminales.

Y decimos bravamente, porque tales eran las condiciones del terreno, que un solo hombre que le conociese, podia matar impunemente á sus perseguidores no ya con armas, sino á pedradas.

Las cruces de madera que blanqueaba la luna aqui y alli, al pie de esta ó la otra roca, demos-

traban que mas de un asesinato ~~habia~~ tenido lugar en aquellos siniestros lugares.

Bastaba con acercarse y leer una de las inscripciones contenidas en las tablas clavadas entre los brazos de aquellas cruces.

Veamos una de estas inscripciones, junto á la cual pasó Pedro Quirós al entrar en la Rambla.

« Aquí una mano alevosa y desconocida, quitó crudamente la vida á Don Pedro Sotillo, regidor de Moclin, el 20 de Enero de 1622 : rogad á Dios por su alma. »

Esta inscripcion, á pesar de que contaba diez y ocho años, se habia conservado porque estaba grabada profundamente en la cruz que era de mármol.

Mas allá habia otra muy reciente, á juzgar por el color y el estado de su madera.

La inscripcion que estaba en una gran tabla negra pintada con tinta roja, decia :

« Aquí espera el juicio final el cuerpo sin cabeza y sin mano derecha de Gil Rata, alias Mala-

Sangre, que fue uno de los Diez Compadres, castigado por su capitan Pedro Quirós, por atropellador de doncellas : rogad á Dios por él. »

No todas estas cruces acusaban el asesinato.

Habia algunas que marcaban desgracias.

Como estas :

« Aquí se comieron los lobos á Juan Pascual de Voclin : rogad, etc. »

O esta :

« Aquí se despeñó Pedro Paez, que iba cargado de leña. »

O esta :

« Aquí murió Isabel Rico, que se arrojó desesperada de lo alto de la peña. »

Se ocultaba piadosamente el motivo de la desesperacion.

¿Por qué podia ser aquella desesperacion que habia producido un suicidio, sino por el amor, siendo la desesperada una mujer?

Se ve, pues, que la Rambla Negra era conmovedora, dramática, romántica.

La atravesaba un ancho y claro raudal que se despeñaba con gran fuerza por la áspera pendiente, y que era peligroso atravesar á pie.

Pero el peligro desaparecia atravesándola á caballo.

III

Apenas Pedro Quirós entró en la Rambla Negra, cuando se oyó una voz potente, seca é imperativa que dijo :

—¿Quién va allá?

—Buenas noches, compadre Lantuérniga, contestó Quirós : me parece que te impacientas.

Entonces avanzaron nueve ginetes perfectamente armados.

Sin duda habian ido por un camino mas practicable, puesto que habian llegado antes que Quirós.

O mas bien, que se habian dado mas prisa para obedecer, que Quirós para llegar.

Todos tenian mas aspecto de soldados viejos que de bandidos.

Todos llevaban coracinas, cascos, lanzas y escopetas, pendientes del arzon.

A mas, pedreñales en las largas pistoleras, y pistoletes y puñal á la cintura.

IV

Quirós les pasó revista con una sola mirada.

Si les hubiera pasado lista, hubieran resultado los nombres siguientes :

Juan Capuchin.

Diego Sobrado, alias Lantuérniga.

Gil Sollo, alias Belitre.

Anton Portales, alias Manilargo.

Silvestre Grillo, alias Grillera.

Lope Escudero, alias Ganchuelo.

José Pámpano, alias Sastre.

Melchor Lesmes, alias el Bachiller.

Andrés Soto, alias Bandera.

Cada apodo de estos tenia una razon, y cada una de estas razones era una historia muy entretenida y muy singular.

Pero no tenemos espacio para ocuparnos de estas historias secundarias, que llenarian un grueso volúmen.

Como que cada hombre es una novela mas ó menos interesante.

Tal subordinacion tenia establecida entre su gente Pedro Quirós, que nadie le dijo una sola palabra, ni aun para darle las buenas noches.

¿De dónde habian salido todos aquellos hombres?

De barracas y de cuevas inmediatas á la cumbre donde estaba situada la torre de atalaya.

Todos llevaban mantas ó capas negras.

Solo Quirós la llevaba roja.

— Adelante, dijo Pedro Quirós por toda contestacion á su gente.

Y picó á su caballo, que tomó al galope por la Rambla arriba.

Los bandidos pusieron al mismo aire sus caballos.

Quirós iba delante solo.

— Adelante, Capuchin, dijo Quirós cuando hubo pasado algun tiempo, al tomar la vuelta de la Rambla entrando en un gran ensanchamiento á una especie de hermosa plaza, por decirlo así, abierta entre cuatro montañas, y en las cuales hacian veces de edificios enormes rocas.

Capuchin espoleó su caballo y lo puso al nivel del de Quirós.

—A ver si mañana te vas á la ermita de Nuestra Señora de los Campos, dijo Quirós.

Iré, contestó Capuchin.

—Confiesas y comulgas.

—¡Yo! exclamó Capuchin, á quien se le erizaron de repente los cabellos.

—¡Tú! contestó tranquilamente Quirós.

—¿Y por qué, con vuestra licencia, capitan? dijo Capuchin, á quien el miedo daba valor para hacer una pregunta á su terrible jefe.

—Porque lo mando yo.

—Perdonad otra vez, dijo Capuchin con la voz trémula : ¿voy á morir?

—Casi, casi.

—¡Cómo!

—Tranquilízate, porque no te he mandado que hagas testamento, como al otro de hace dias.

—¿Pero, qué es al cabo, Señor Pedro? dijo algo mas tranquilo Capuchin.

—¡Cobarde! exclamó Quirós: no mereces estar bajo mi conducta.

—¿Y por qué?

—Los que yo quiero á mi lado no deben temblar por nada.

—Yo no tiemblo : decidme, enviste con tu caballo por ese tajo, y allá voy.

—Me guardaré muy bien de ello, porque te estimo, y porque ahora me haces más falta que nunca : conque quedamos en que mañana te limpiarás el alma como buen cristiano.

—Sí señor... pero...

—¿Crees tú que un cristiano viejo se pueda casar sin hacer exámen de conciencia?

—Perdonad, capitan ; pero si todos los hombres antes de casarse hicieran exámen de conciencia, no se casaria ninguno.

—Pues yo sé que andas enamorado de cierta buena moza.

—¡ Mari-Perez ! exclamó Capuchin.

—Ciertamente, la doncella de Doña Margarita.

—Pero, Señor Pedro, yo no he pensado en casarme con la Mari-Perez.

— ¡Cómo ! exclamó Quirós deteniendo su caballo, á punto que iban á salir de aquel inmenso ensanchamiento. ¿Pues si no piensas en casarte con ella, á qué lo solicitas ?

— En fin, capitan, me casaré, dijo Capuchin que veia se le venia encima una tormenta.

— El hombre que engaña á una mujer honesta, dijo Quirós, es un villano que no merece mas que morir de mala muerte.

Y terció al decir esto con tal arranque su lanza, que Capuchin hizo botar su caballo de costado.

Pero Quirós volvió á levantar al cielo la punta de su lanza y puso su caballo al paso.

Capuchin le siguió, aunque á alguna distancia, y nuevamente receloso.

— Acércate, dijo Quirós.

Capuchin volvió á poner su caballo á nivel del de su capitan.

— ¿Tienes tú alguna deuda de honra con esa moza ? le preguntó Quirós.

—Ninguna, Señor, contestó Capuchin, porque ella no fia.

—Hace bien, que no están los tiempos para fiar.

—Es el caso, que yo la quiero : que estoy enamorado de ella como un pelon, dijo Capuchin.

—Pues si la quieres, mejor.

—Pero no tiene dote.

—Sí tiene, porque se lo daré yo y bueno.

—Pues por algo se lo dareis, se atrevió á decir en un impulso de valor Capuchin.

Aun no lo habia dicho, cuando terciando su lanza Quirós, la volvió y asentó con ella un tal palo á Capuchin, que le hizo vacilar, y á no ser tan fuerte, da del caballo al suelo.

Esta advertencia redujo al silencio y á los buenos pensamientos acerca de la honra de Mari-Perez al bandido.

—Perdonad, dijo : pero el amor es ciego y los celos locos.

—¡Pícaro! ¿pues no sabes que yo no tengo ni vida ni alma mas que para la señora de mis pen-

samientos? ¿y no sabes tambien que esa doncella te ama tanto que por tí consiente en quedarse entre nosotros, y que contigo se casa á pesar de que sabe que puede dejarla viuda la horca?

—Perdon otra vez, capitan.

—Perdonado estás : pero como ya sabes que mañana te casas, y que tienes que cumplir con los preceptos de la Iglesia, quédate atrás y ocúpate de tu exámen de conciencia, que yo tambien voy á hacer el mio.

Capuchin refrenó su caballo, yendo á colocarse entre los otros ocho, y dejando establecerse una distancia entre ellos y el capitan.

La marcha continuó muy aprisa á través de la montaña.

CAPITULO IV

LA VENTA QUEMADA



Serian como las nueve de la noche, cuando Quirós y sus compañeros salieron de la montaña y atravesando el Genil empezaron á adelantar por el camino de Málaga.

Esto es iban hácia Loja, que solo distaba de allí dos leguas.

— A ver si buscamos á alguien, dijo Quirós deteniendo su caballo, que vaya á ver si han llegado á la Venta Quemada ciertos viajeros, con gran equipaje que se esperaba allí esta noche: anda tú, Lantuérniga, hijo.

El que habia recibido la órden salió del grupo de sus compañeros, adelantó, metió su caballo por las tierras de sembradura y se alejó al galope.

Apenas habia sucedido esto, cuando á lo largo del camino de la parte de la Vega, fuera de la cual se encontraban los bandidos, se oyó el ruido de una *zumba*, esto es, de uno de esos enormes cencerros que lleva el liviano, esto es, el asno que camina á la cabeza de la recua.

— A los lados del camino, entre los árboles, dijo vivamente Quirós: estos deben ser del arte de la seda que llevarán á vender sargas y galonería á Málaga, y no vendrán solos ni sin buen golpe de cuadrilleros; á ver dónde tenemos los corazones, Compadres.

II

La órden fue obedecida al momento.

Nada se oía algunos segundos despues, mas que el zumbido monótono del cencerro que se acercaba progresivamente.

Un cuarto de hora despues se oyó otro sonido.

El de las voces de algunos hombres que adelantaban por el camino.

Los árboles empezaban allí, donde los bandidos se habian ocultado ; un poco antes y un poco despues, el camino era despejado.

— Señor Quilez, dijo una voz á la entrada de los árboles ; este es un mal paso, y es necesario asegurarle.

— Sí, pardiez, dijo otra voz ; para eso somos

cuadrilleros y nos paga la justicia y esa buena gente que viene confiada en nosotros.

Eran en efecto cuatro cuadrilleros que venian armados de largos arcabuces.

Pero antes de que hubieran podido servirse de ellos, se vieron cercados por los Compadres.

— ¡Alto, y á tierra! dijo con voz firme Pedro Quirós, que así como sus compañeros tenia cubierto el semblante con un antifaz: ¡alto á los Diez Compadres!

Bien hubieran querido resistir los cuadrilleros, porque, como tales, eran gente brava, y alguno hubo tan alentado que sopló la mecha de su arcabuz.

Pero estaban literalmente cercados por hombres á caballo, y tenian las lanzas casi tocando á sus pechos.

— ¡A tierra! dijo Quirós con una voz que habia acrecido en la amenaza: ya sabeis lo que hacemos con los cuadrilleros que se meten en lo

que no les importa ; ¡á tierra, digo, ó adorno estos árboles con vuestros cuerpos sangrientos.

Los cuadrilleros se echaron en tierra.

— A ver, dijo Quirós ; quitadles las armas, atadlos y entre los árboles con ellos ; y esto en un credo, porque alguien se acerca.

Un momento despues el camino estaba libre.

Los cuadrilleros, atados y amordazados, habian sido metidos entre los árboles.

Se acercaba el convoy.

Porque convoy era.

Tal terror imponian los Diez Compadres, que nadie se atrevia á ponerse en camino sino bien acompañado.

Así es que se reunia gente, se pagaba á algunos escopeteros, se pedia cuadrilleros á la justicia, y solo así se atrevian á ponerse en camino.

Iban tranquilos porque nunca un convoy de estos habia sido robado.

Pero Quirós no habia querido hacerse demasiado terrible, ni obligar al Rey á hacer un es-

fuerzo para librar de aquella plaga á uno de los mas ricos florones de su corona.

Pero aquella noche estaba escitado, terrible.

Además, se oponia á sus proyectos el que toda aquella gente parase, como era probable, en la Venta Quemada.

Así es que, desesperado, se atrevió á todo.

III

Al fin el ruido del cencerro se oyó mas cerca, y otros ruidos que no se habian podido oír por la distancia, tales como el de las campanillas de los collares de las mulas de tiro y las voces con que los arrieros, y mozos de mulas, y mayoresales escitaban á las caballerías.

Era un convoy de mas de trescientas caballe-

rias, mayores y menores, en medio de las cuales iban seis galeras, cinco coches de camino y treinta ó cuarenta carros.

Todo esto formaba una especie de estruendo muy animado.

Cantaban los conductores de las caballerías y los soldados, y los cuadrilleros, y los escopeteros unidos al convoy, sonaban las campanillas y los cencerros, saltaban acá y allá, las voces de uno que caía, de otro que tropezaba.

Todos iban tranquilos porque la vanguardia de descubierta de cuadrilleros, no había retrocedido para anunciar un peligro, ni habían oído disparos ni nada que les anunciase un combate.

IV

De repente se oyó una voz terrible que dijo delante del convoy :

— ¡ Alto el que no quiera morir !

Al mismo tiempo se oyó otra voz no menos terrible á retaguardia que gritó :

— ¡ El que huya muere !

Sin embargo, despavoridos por el terror, abultando en la imaginacion el número y el valor de los bandidos, algunos dieron á correr.

Pero se oyeron algunos disparos, á los que sucedieron inmediatamente algunos gritos de agonia.

Todos permanecieron inmóviles dominados por el terror, sorprendidos

Já la voz de

— ¡ A tierra todo el mundo ! no quedó ni una sola persona de pie.

El miedo es contagioso.

Por aquella parte, además, el camino estaba lóbrego.

No se podia apreciar el número de los salteadores, ni se podia lógicamente creer que solos nueve hombres se atreviesen á detener á tanta gente, en su mayoría armada.

El éxito corona generalmente todas las audacias.

Pero es necesario no dejar al sorprendido que se recobre, cuando es mucho mas fuerte que el que le sorprende.

Cuatro de los Compadres se metieron valientemente entre aquella multitud aturdida.

Dos á cada extremo cuidaban de que no se levantase nadie.

Un cuadrillero que, tendido en tierra, habia soplado la mecha de su arcabuz, se levantó y

viendo ante sí al Bachiller que se ocupaba en recoger armas, disparó sobre él.

Pero como en aquel momento el caballo del bandido hiciese un movimiento brusco, la bala no produjo otro efecto que rozar al Bachiller una mejilla.

El desdichado cuadrillero fue casi instantáneamente herido de muerte por Bandera, que estaba cerca de él.

Se veía al infeliz, por los mas inmediatos, asido á la lanza que le habia atravesado de parte á parte pidiendo á voces, y de una manera horrible, que le acabasen de matar, y sabe Dios cuánto tiempo hubiera durado su martirio si Quirós no se hubiese acercado y hubiese rematado al moribundo de un pistoletazo en la cabeza.

Como el camino estaba por aquella parte lleno de árboles y de espinos, ninguno de los sorprendidos se atrevia á meterse en la espesura, temeroso de encontrar allí emboscado un ejército y arrostrar una muerte cierta.

En fin, no habia pasado media hora y ya habia un monton de armas en un lado del camino, y no quedaba nadie que pudiese, á la desesperada, intentar un combate.

Media hora mas tarde, todos estaban internados en el bosque y atados los unos á los otros, menos algunos arrieros á los que se habia dejado libres para que ayudasen á conducir las caballerías á la sierra.

Solos dos bandidos habian ido con ellos.

V

Del dinero de que se habia encontrado á todo el mundo y de las alhajas que se habian quitado á cinco señoras que iban en los coches, se habia hecho una magnífica presa.

A estas señoras y á los caballeros que las acom-

pañaban no se habia hecho tampoco el menor insulto.

Todo habia pasado bien, y si habian caido cinco hombres muertos, consistia en que, decia Pedro Quirós, habian hecho resistencia.

Pero entre los otros se habia hecho un robo completamente original, y de todo punto impío.

En el convoy iba, caballero en una senda mula de paso, no menos que el padre guardian de los capuchinos de la Penitencia de Loja, al que acompañaban dos legos, ginetes tambien en mulas, y con las alforjas bien provistas.

Aquel prelado venia de Granada á donde habia ido á tratar con el provincial y con el arzobispo asuntos graves de la órden.

En cuanto Pedro Quirós vió al religioso y á los acompañantes, se le ocurrió una idea.

Hizo, pues, levantar al prior que, como todos, se habia echado en tierra, y mandando á los legos que se levantasen tambien, dijo :

— Válgame Dios, padre, que si yo hubiera sabido que vos veníais aquí, por vos solo no hubiera detenido á esta buena gente.

— Pues si estás arrepentido, hijo, exclamó el guardian asiendo por un cabello las palabras de Quirós, á tiempo estás aun de dejarnos seguir nuestra via.

— ¿Y cómo quereis que yo deshaga lo hecho, padre, contestó Quirós; se puede volver la vida á los que han muerto? ¿Me perdonará ya la justicia? A lo hecho pecho; pero oid, se me ocurre una idea.

— ¿Y cuál, hijo?

— Que á mí me queda siempre el recurso de arrepentirme y de hacer penitencia para que Dios me perdone.

— Dios es sumamente misericordioso..... he dicho mal, porque lo sumo no es lo mismo que lo infinito, y es infinita la misericordia de Dios: estoy tan turbado que no sé lo que me digo;

pero á pesar de mi turbacion, bien veo que el camino del arrepentimiento que has pensado tomar es el único que puede salvarte: por lo mismo, si tú quieres, me parece que lo mejor será que me arregles mis mulas y dejes en libertad á mis legos y te vengas conmigo al convento, donde nosotros te guardaremos y te convertiremos y te pondremos bien con Dios.

—Mirad, padre, no puede ser, dijo Quirós, porque si mis compañeros creen que yo los abandono serán capaces de matarnos; pero hay un medio para que yo pueda llegar á vuestro convento y ampararme de él como lugar de asilo.

—¿Y qué medio es ese?

—Que me deis vuestros hábitos y los de vuestros legos, y yo diré á los míos que disfrazado con vuestros hábitos voy á la Venta Quemada para matar sobre seguro á una persona que nos estorba.

—¿Qué horror y qué sacrilegio! exclamó el

guardian que percibió algo de terrible en el acento de Quirós.

— Esto no es mas que un pretesto, padre, contestó dulcemente Pedro; y en fin, si vos no quereis darme vuestros hábitos para que yo pueda salvarme, me obligareis á que os los quite á la fuerza.

El religioso tembló; habia visto un pistoleta á su pecho y los ojos de Quirós relucian como los de una fiera en la oscuridad.

Se despojó apresuradamente de su capuz, de su cogulla, de su túnica y los entregó á Quirós.

— ¡ Y las sandalias, padre? dijo este terciándose el hábito en su brazo.

— ¡ Eso mas! exclamó el guardian.

— ¡ Pues cómo he de parecer yo un fraile verdadero sin sandalias! vamos, padre, quien ha hecho lo mas hace lo menos, dadme las sandalias.

El guardian se despojó de ellas y las entregó á Quirós.

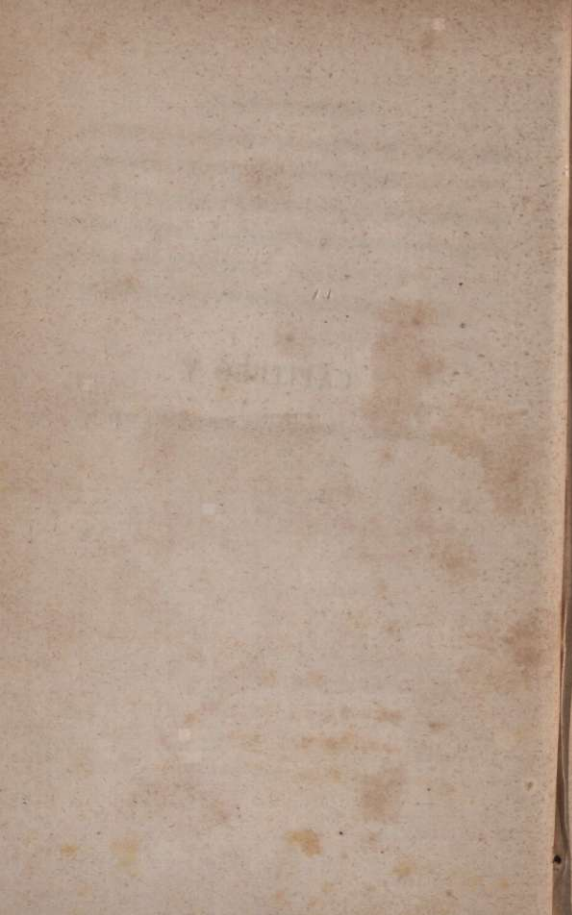
Despues, y cuando ya estuvieron todos bien asegurados, Quirós dijo á los suyos :

— Todos esos carruajes, vivo, á meterlos entre los árboles, de manera que no puedan verlos los que sobrevengan.

La órden fue cumplida al momento.

CAPITULO V

EN QUE PEDRO QUIROS APARECE MISTERIOSO Y TERRIBLE



En el camino no quedaba nada que pudiese indicar un robo, tal como el que acababa de hacerse.

Habia en verdad algunos charcos de sangre; pero la tierra, polvorienta, habia absorbido aque-

lla sangre, y la doble sombra de la noche y de los espesos árboles no permitia distinguir el rojo color que acá y allá se extendia en grandes espacios.

Todos los objetos, hasta los mas pequeños, que habian podido ser un indicio, habian desaparecido.

Las bestias, que por sus relinchos podian haber llamado la atencion de los transeuntes, habian sido alejadas á los costados del camino sobre las tierras de labor.

Las personas callaban aterradas.

Además de esto, la hora era ya bastante avanzada para que los transeuntes fuesen muy raros.

Lo accidentado del terreno y la gran despoblacion de España en aquellos tiempos, favorecian por otra parte el bandidaje, y las gentes del campo aisladas, abandonadas á si mismas, sin medios de defensa, favorecian á los bandidos para que estos no las sacrificasen á su venganza.

Las leyes, pues, eran insuficientes y la Santa Hermandad, los guardas de campo y las justicias de las pequeñas localidades casi inútiles contra el robo y el asesinato.

Así es que cuando un bandido caía por acaso bajo la espada de la ley esta cortaba sin piedad.

II

Pedro Quirós había estado horrible aquella noche .

Irritado, escitado por sus pasiones, había sido una fiera humana, insensible á todo.

Se había anegado en sangre y llegado hasta la impiedad y el sacrilegio.

¿Qué eran para él aquella noche, ni Dios, ni el mundo, cuando temía haber perdido su amor, la mujer adorada por la cual había incurrido en el bandidaje?

Nada.

Su organizacion terrible, incontrastable, se habia sobrepuesto á todo.

El hombre á quien un padre terrible habia prometido la posesion de Margarita, el viejo Conde de Fuen-Labrada, el que venia á desposarse con ella, paraba aquella noche en la Venta Quemada.

Era necesario que el Conde no pudiese llegar á la caseria del Almirante.

Toda aquella gente que habia sido detenida y robada, debia parar aquella noche en la Venta Quemada.

III

Esta venta era grande, inmensa.

Una especie de parador capaz de albergar un número considerable de personas, y con estensísimas cuadras donde cabian doscientas ó tres-

cientas caballerías, y grandes corrales con cobertizos para muchos carruajes.

Estaba situada á una distancia media entre la salida de la Vega de Granada y Alhama.

IV

En su estensa cocina habia siempre, y á todas horas de dia y de noche, en los tiempos en que no andaba por el mundo Pedro Quirós, una animacion inmensa á causa del gran comercio que hacia con Málaga la populosa y entonces industrial Granada.

Pero en el momento en que apareció en la Alta Andalucía aquel terrible bandido, la cocina, los aposentos y las cuadras no se llenaban mas que una vez al mes; esto es, cuando se reunia un convoy, capaz por su número de resistir á aquel terrible capitán y á su gente.

La venta, pues, habia sido ensanchada grandemente para hacerla capaz de contener el aluvion que de mes en mes caia sobre ella.

La despoblacion favorecia á la Venta Quemada.

Porque una recua, un carro andan bien, en todo el dia, cinco leguas, á causa de lo pesado de su carga, y no andan ocho, que es la distancia que existe entre Granada y Alhama ó Loja, únicos dos puntos por donde se va á Málaga.

Perico-Enreda, que así se llamaba el ventero, y su mujer Marica-la-Ventosa, se alegraban de esto porque hacian provision para un mes, trabajaban bien dos ó tres dias y descansaban el resto.

Además, hacian una gran ganancia porque cuando se reune mucha gente, los unos animan á los otros y cada cual gasta mas de lo que pensaba gastar.

V

La noche en que empieza la accion de nuestro drama, estaba animadísima la Venta Quemada, porque se esperaba el convoy que habia salido de Granada.

Las mozas y los mozos andaban de acá para allá preparándolo todo.

Las anchas hornillas, situadas al fondo de la cocina cogiendo todo un testero, estaban cubiertas literalmente de cacerolas, sartenes, cazuelas y ollas y de todo esto se levantaba un vapor odorífero que hacia un solo olor craso, y que alimentaba por sí solo de todos los guisos.

En el fogon colocado en el centro de la inmensa cocina, ardía no menos que un carro de leña.

Se habia puesto ropa limpia á todas las camas, se habian limpiado todos los aposentos, y las lla-

ves preparadas para darlas á los que fuesen llegando, estaban colgadas en una larga espetera.

Perico-Enreda habia pasado revista á todas las dependencias de su casa, no habia dejado en las cuadras un solo pesebre sin inspeccionar y habia quedado altamente satisfecho de sus mozos.

—Conque Cuatralvo, decia á una especie de estudiante sopista, mendigo que habia llegado media hora antes y se refocilaba con gran fruicion en la chimenea, comiéndose un pedazo de longaniza que le habia regalado el dueño del establecimiento; ¿dices tú que vienen mas de doscientas personas?

—Yo no miento nunca, dijo el estudianton, y seria necesario mentir para decir que no vienen mas de doscientas personas, porque cuatrocientas largas son las que salieron al amanecer por la puerta de Elvira, que yo las ví, y las conté y me dió miedo, y apreté el paso para llegar antes que ellas y encontrar algo de comer, porque en cayendo, que caiga aqui esa plaga, en dos minutos

se comen todo lo que tengais prevenido, y si os descuidais, hasta las paredes.

—¿Plaga llamais á esa bendicion que Dios nos envia? exclamó Perico-Enreda, pues digoos que á mí no me pesaria que todos los dias se me echase encima una plaga semejante, aun cuando arrasasen mi casa, que con tal que ellos dejasen ganancia bastante para volverla á levantar, no seria yo el que me quejase.

VI

A este tiempo se oyeron voces de mozos de mulas á la puerta, que preguntaban si habia posada.

Acudió allá Perico-Enreda, y se encontró con dos grandes coches de camino tirados cada cual por ocho mulas, que no se necesitaban menos

para arrastrar la voluminosísima carga que cada coche traía en la inmensa zaga.

Diez criados armados á la gineta escoltaban estas voluminosas máquinas, y otros tantos mozos de mulas llevaban otros tantos de estos animales del diestro cargados pesadamente.

Del uno de los coches salió un caballero como de sesenta y cinco años, pero fuerte, altivo y duro.

Iba vestido con un riquísimo traje de terciopelo, cuyo ancho abrigo forrado de pieles de marta, era asimismo de terciopelo negro.

Adelantó altivo y soberbio, y dijo á uno de sus lacayos que había echado pie á tierra :

— Veamos si en esta pocilga se encuentra un lugar algo limpio, para que me armeis la cama.

Perico-Enreda, que estaba orgulloso de su establecimiento, hizo un gesto indescribible, cuando oyó calificar de pocilga su posada, y de buena gana, si hubiera tenido poder para ello, hubiera

dado una paliza á aquel vegestorio desvergonzado, segun le llamaba él en sus adentros.

Pero tal y tan poderoso parecia aquel señor, que hubo de tragarse la calificacion y contentarse con sentenciarle en sus adentros á que pagase un doble mas de lo que se habia propuesto robarle.

Del otro coche, salieron otros dos viejos de distinto sexo, que, como si les hubieran puesto sello solo con dejarse ver, manifestaban ser un mayordomo y una ama de gobierno.

Toda esta gente se metió en los mejores aposentos de la venta.

Despues de lo cual, Perico-Enreda se quedó esperando á que llegase el convoy.

Pero dieron en un viejo reló de madera, que ornamentaba un lado de la cocina, las nueve y media, las diez, y sin embargo, el convoy no parecia.

Esto era demasiado.

¿Qué habia sucedido?

Nadie habia llegado que pudiese traer noticias del convoy.

La idea de que este podia haber sido detenido por los Diez Compadres, asaltó la imaginacion de una de las maritornes.

Pero esta idea fue vivamente rechazada, no solamente por Perico-Enreda y por su mujer, sino que tambien por los otros mozos y mozas, porque ¿cómo creer que diez hombres solos pudiesen haber detenido á trescientos que venian además escoltados por escopeteros y por cuadrilleros de la Santa Hermandad?

Esta idea fue rechazada, y la moza que la habia concebido soportó una rechifla impía de que la hicieron gracia todos los demás en premio de su ingenio.

VII

Cerca de las once andaban las manecillas del reló de la venta, cuando se oyeron á la puerta pasos de cabalgaduras.

Acudió allá el ventero, y se encontró con tres frailes, uno de los cuales parecia de misa, y los otros dos legos, que por los hábitos parecian ser capuchinos observantes de la casa de Granada.

Estrechósele el alma al ventero, porque estos tales religiosos daban muy poco de sí, y ocupaban mucho, y comian por siete, y á veces no pagaban, por aquello de que un buen cristiano debia tenerlo todo pronto para servir convenientemente á estos buenos hijos del seráfico San Francisco.

Amenazaba, á mas de esto, el buen padre con ser muy receloso, porque llevaba de tal manera echada la capucha á la cara, que la punta de ella

miraba al cielo, y el borde inferior no dejaba ver ni aun la punta de la barba.

Estrañóle, sí, á Perico-Enreda, que aquella barba no estuviese ornada por una larga y crespa vellosidad, ya rubia, ya negra, ya pelicana.

Pero salió de aquella dificultad por el siguiente raciocinio.

— ¡Bah ! será lampiño el buen padre.

Y se apresuró, por lo que le convenia á todo el mundo, estar bien con aquellos santos varones, á mandar llevasen las mulas á la cuadra y las diesen buen pienso, y á los capuchinos á buenos cuartos, y que les diesen de cenar convenientemente.

VIII

Los legos eran asimismo dos alcuzas andando, segun lo puntiagudos que se mostraban, y no se les veia del semblante ni la mínima parte.

Los tres, padre y legos, se encaminaron á dos aposentos, y allá se dispararon dos mozas para arreglar lo que fuese necesario.

Pero rechazadas por el padre grave, acudieron á los legos que ya se habian descaperuzado, y parecian dos buenos mozos.

Una de las muchachas era la que habia hecho la mocion de que tal vez el convoy habria sido detenido y robado por los Diez Compadres, é irritada aun por la zumba, y queriendo salir de dudas, preguntó á los legos, que no eran otros que Bandera y el Bachiller, dos de los mas terribles bandidos de Pedro Quirós, y á los que la moza preguntó si habian encontrado algo que de reparar fuese en el camino.

Hay que advertir que nadie conocia á los Diez Compadres, por la simple razon de que estos de nadie se dejaban ver, porque cuando alguna persona se presentaba, la dejaban de manera que no podia decir lo que habia visto ú oido.

—¿Digame, hermano, preguntó la moza, de dónde vienen sus mercedes?

—Bastante le importará á ella, la indiscreta, contestó Bandera; pero en fin, con tan buena cara lo pide la buena hija, que será necesario darla gusto; de Granada venimos, y á Loja vamos, á que nuestro padre le saque los demonios del cuerpo á la hija del Corregidor, que ha dado en la bizarria de comer carbones, mal aconsejada por el espiritu maligno, y que ha llegado tan al cabo, que los médicos desesperan de salvarla como no se le saquen los demonios del cuerpo.

—Pues bien haria vuestro padre, dijo una de ellas, en hacer algo por acá, porque han de saber vuestras mercedes que esta mi compañera, que aquí ven conmigo, está tambien poseida del demonio, no por el carbon, sino por un carbonero que siempre que va á buscarle, la recibe á pedradas, lo que no importa para que ella se esté muriendo por él, y en las últimas.

—Así son la mujeres, dijo el bachiller; que al

que bien las quiere le reciben á coces y á mordiscos, y no dejan en paz al que las desprecia, aunque las mate.

—Esa es la de vámonos, dijo la acusada de estar poseida por el diablo, que si no supiera yo bien que con los untos y los polvos que me ha dado una mi comadre, y con las oraciones que me ha enseñado, vendrá á mis pies Bartolo manso como un cordero, no sería yo la que le buscase por valles y cerros, y en fin, cada cual guarde su ropa y no se meta en cosas ajenas, que si esta que vuesas mercedes ven aquí les ha preguntado de dónde vienen, ha sido por saber si vuesas mercedes han encontrado el convoy, porque en él viene un mozo de mulas, que es muy cosa suya.

—Pues, hermanas, dijo Bandera, tal convoy no existe por el mundo, porque nosotros que hemos venido á buen paso, no hemos encontrado á nadie por el camino.

Abrióse entonces la puerta del aposento, apa-

reció el pálido semblante de Perico-Enreda, que, al parecer, estaba escuchando lo que las mozas hablaban con los legos.

Curiosidad muy natural en un ventero que se encuentra en las circunstancias en que se encontraba Enreda, con provision preparada y con la duda de si se quedaria con ella en el cuerpo ó no.

IX

—¿Conque dicen vuestas mercedes, hermanos, exclamó con la voz trémula de emocion, que no saben lo que ha sido del convoy que se esperaba?

—No ciertamente, dijo Bandera, porque como esos malditos Diez Compadres tienen el demonio

metido en el cuerpo, podrá suceder que hayan salido al convoy y se lo hayan tragado.

—Pues digo á vuestras mercedes, dijo Perico-Enreda, que si eso ha sucedido, no ha sido á los del convoy á los que se han tragado, sino á mí, misero, que perderé todos los guisos que tenia preparados para mas de trescientas personas, y no se podrán aprovechar.

—Ofrézcaselo á los pobres, en caridad de Dios, dijo Bandera, y Dios, que es muy bueno y ama á los caritativos, se lo premiará.

—¿Y qué pecados, pese á mí, tengo yo para aplacar á Dios quemando mi hacienda para dárselo á los pobres?

A todo esto, Bandera habia ido ganando la puerta, y cuando del todo la hubo ganado, echóse sobre el misero del ventero, le asió fuertemente por la garganta, le arrojó al suelo, y sacándole su propio pañuelo de la pretina, le amordazó con él y tan fuertemente que, aunque

hubiera querido gritar el malaventurado, le hubiera sido de todo punto imposible.

Despues de esto, las dos muchachas fueron atadas, echadas en las camas, tapadas con los colchones, y apercibidas de que si gritaban lo pasarían mal.

A seguida, Bandera descendió, bajó á las cuadras y dijo al mozo de paja y cebada y á los ocho mozos :

Mientras, el Bachiller se dirigia á la cocina.

—Vengan todos aquí, á ver el milagro que hace nuestro seráfico padre San Francisco.

Y como para decir estas palabras, se hubiese metido en un gran aposento que servia de depósito de cebada, allí se entraron los seis mozos de las cuadras, y á mas otros cuatro de la gente que con el noble señor que habia llegado antes habian ido, y apenas los tuvo dentro Bandera, cuando tomando la puerta sacó de debajo de los hábitos dos pedreñales y dijo :

—Al que levante la voz para gritar, le envío á cenar con el diablo.

Los diez hombres se quedaron aterrados de espanto, dominados por aquella sorpresa audaz.

—¿No lo decia yo, exclamó con la voz perfectamente segura Bandera, que íbais á presenciar un milagro de nuestro seráfico padre San Francisco? Porque ¿no es un milagro el que un hombre solo sujete á diez gañanes como vosotros. Ea, no hay que asustarse, amigos, que con ser dóciles se sale del apuro. A ver cómo vosotros me vais atando con sus propios pañuelos por los codos y fuertemente á los otros.

Nadie tenia ya duda de que, quien se atrevia á hacer aquello, era uno de los Diez Compadres, de aquellos misteriosos bandidos á quienes no conocia nadie, y á los que todos sentian. ¡Braba gente, de cuyas hazañas estaba llena la Alta Andalucía!

La operacion mandada por Bandera fue ejecutada en muy poco tiempo.

Aquellos hombres se habian dejado atar.

Los dos que los habian atado se echaron á tierra cuando se lo mandó Bandera que los ató á su vez.

X

Entretanto, Pedro Quirós y el Bachiller, cada uno por su parte, habian sorprendido al resto de la gente que habia en la posada, con esa fortuna que favorece los grandes atrevimientos.

Nadie quedaba sin estar fuertemente atado, sino el anciano caballero que habia llegado poco antes.

Entonces Pedro Quirós se fué al aposento donde aquel señor, que de nada se habia apercebido, se estaba paseando.

Entró Pedro Quirós, y cerró tras sí la puerta.

—¿Qué es esto? dijo con una imponderable altivez aquel señor.

Pero al ver delante de sí á un fraile capuchino, se tranquilizó y dijo :

—Perdonad, padre; pero hay momentos en que dominados por una idea no sabemos con quien hablamos, ni lo que decimos.

—Sí, la idea de una mujer á quien se ama, contestó tranquila y aun pudiéramos decir que benévolamente Quirós, pero siempre con la capucha echada sobre el semblante.

—¿Vos me conocéis? dijo el caballero.

—¿Y quién no conoce al noble Corregidor de Alhama, Conde de Fuen-Labrada, dijo Quirós? ¿Quién no sabe lo buen caballero que es y lo brabo, tan brabo que se atreve á dejar los muros de su ciudad de Alhama para ir á buscar la felicidad de su vida en su union con la hermosísima hija del Almirante de Castilla cuando andan por el mundo los Diez Compadres?

Púsose densamente pálido el conde al escuchar la cita de los Diez Compadres.

— ¡Ah! ¿su capitan, exclamó; su infame capitan, á quien, olvidada de Dios y de lo que debe á su honra y á su linaje ama esa desdichada Doña Margarita? ¿Temer yo á esos infames bandidos? No padre, no. Tan no los temo, que sabiendo que necesariamente han de salirme al camino, me he venido con una escolta de solos diez criados, porque no quiero que se diga que el malhechor infame á quien me pospone Doña Margarita, ha sido agobiado por mí con fuerzas superiores á las suyas.

— ¿Y estábais seguro, señor Conde, dijo siempre inalterable, siempre afable Quirós, de que ese bandidero habia de salir al encuentro?

— Segurísimo.

— Dicen, continuó Quirós, que ese hombre se ha convertido en una fiera por el amor.

— ¡Vah! exclamó el Conde; una fiera que no devora mas que á arrieros indefensos y á pobres

pasajeros, un cobarde que pretende aterrar por medio de las amenazas, y que se ha atrevido á escribirme.

—¿Y qué os ha escrito? preguntó siempre tranquilo Quirós.

—« Renunciad á Doña Margarita, ú os mato. »

—Pues mirad, que tal es el temor que ese hombre causa, que á otro cualquiera la amenaza le hubiera helado de espanto. Yo por mi parte os aconsejo la prudencia: que volvais á vuestra ciudad y renunciéis á esa señora, porque segun las noticias que tengo yo de ese capitan de los Diez Compadres, si él se ha propuesto impediros que os caseis con la hija del Almirante, os lo impedirá y tal vez de una manera sangrienta.

—Padre, dijo ya impaciente el Conde, tres mil ducados da el Rey por la cabeza de Pedro Quirós, y yo voy por esos tres mil ducados.

—¡Vos, señor Conde! ¡ Un hombre tan rico, que puede subir á la mas alta de las torres de las iglesias de Alhama y decir: « todo lo que desde aquí se

ve es mio, » ir á buscar por tres mil ducados una desgracia segura !

—Con esos tres mil ducados compraré el collar de bodas de Doña Margarita, un collar de rubíes.

—En verdad, los rubíes son de color de sangre, y es un buen regalo para una desposada á la fuerza, una alhaja para su garganta comprada con el precio de la cabeza del hombre á quien ama. Verdaderamente teneis mucho ingenio, señor Conde ; pero perdonadme, vuestro ingenio os ha aconsejado una temeridad muy poco cristiana.

—Aborrezco á ese hombre hasta el punto de ansiar beber su sangre.

—Y decidme, señor Conde, si en vez de apoderaros vos de la cabeza de Pedro Quirós se apoderase él de la vuestra...

—Un asesino no puede sino á traicion matar á un caballero.

—¿A traicion ? exclamó cambiando de tono Pedro Quirós con voz terrible ; ¿á traicion habeis dicho ? Veámoslo.

Y se echó enérgicamente atrás la caperuza.

— ¡Vos, Don Juan! exclamó haciéndose un paso atrás el Conde.

— Don Juan, Don Juan, exclamó con una sonrisa sardónica, convulsiva, el jóven. ¿Quién os ha dicho que yo me llamo Don Juan Venegas, caballero rico y principal, del hábito de Calatrava, descendiente de los reyes de Granada y amante adorado de Margarita Enrique, hija del Almirante de Castilla? No, Conde, no. ¿Acaso, Don Juan Venegas no murió en su castillo de las Alpujarras, no fue enterrado en el cementerio de Cádiar, no se emponzoñó para evitar ser degollado por traidor al Rey en la pública plaza? ¿No se le cortó la cabeza por el verdugo? ¿No se puso esta en un camino? ¿No se le confiscaron sus bienes? ¿No se llevó la crueldad hasta el punto de no permitir se inscribiese su nombre sobre la cruz de su infame sepultura? ¿Por qué os acordais de Don Juan Venegas? ¿qué tengo yo que ver con él? Yo soy Pedro Quirós, el capitan de los

Diez Compadres, el ladron, el asesino, el pregonado, el infame, el hombre á quien fuera de Margarita y de sus nueve compañeros, nadie ha visto la cara sino para morir. Sí, yo no soy mas que Pedro Quirós, que amo á Margarita como la amó Don Juan Venegas, y á quien como á Don Juan Venegas ama Margarita.

XI

El Conde miraba como petrificado al jóven.

Le parecia tener delante de sí un espectro terrible.

— Por lo demás, dijo Pedro Quirós, puesto que vos pretendeis cobrar el precio que se ha puesto á mi cabeza para comprar, ó mas bien, para reintegraros del precio de tres mil ducados que habeis invertido en un collar de rubies para

Margarita, yo voy á tomaros la cabeza y á apoderarme de vuestro rico equipaje, en el cual está esa magnífica alhaja, alhaja terrible que llevará Margarita sin saber que estaba destinada á representar mi sangre, y que cuando yo mire su hermosa garganta, veré representada la vuestra horrible y sangrienta en ese collar rojo.

— No, exclamó rehaciéndose el Conde y arrojándose sobre su espada que estaba en un rincón de la estancia.

Quirós se levantó la falda de su hábito, y desnudó la suya.

El Conde se fué sobre él, con todo el brio y toda la buena disposicion con que pudiera haberlo hecho el mejor espada de aquellos tiempos.

Pedro paró la estocada con que habia pretendido irse á fondo el Conde y dijo :

— Conste que no os mato á traicion ni con ventaja, porque sois muy fuerte y muy diestro, pero os aconsejo lealmente que os estremeis porque no voy á mataros á hierro, os voy á matar como un

lobo mata á un lobo, sin armas, para lo cual necesito quitaros la vuestra.

— ¡Ah! eso lo veremos, exclamó el Conde, y acometió de nuevo á Quirós.

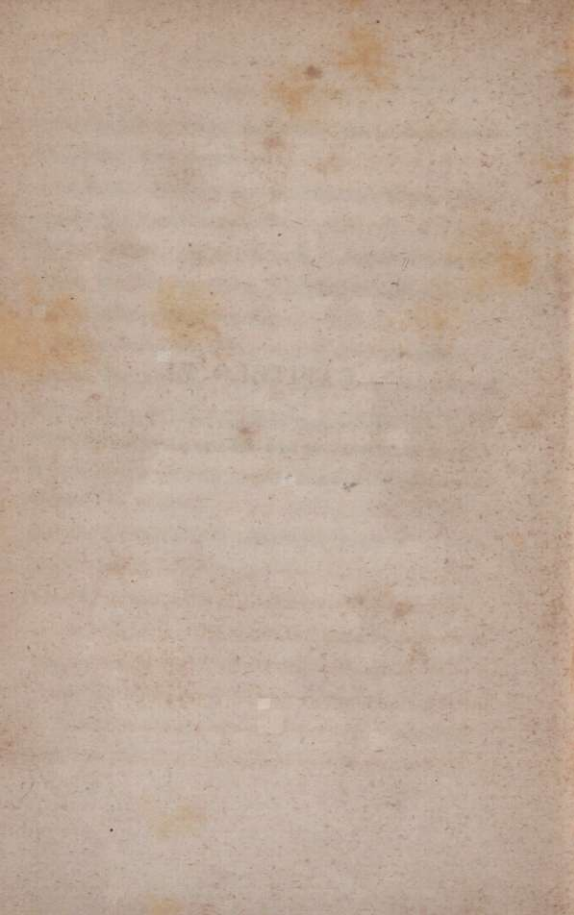
Una fuerte parada de este, seguida rápidamente de una espulsion, hizo saltar la espada del Conde, dejándole desarmado.

Pedro tiró á su vez la suya, se lanzó sobre el Conde, como el tigre sobre una presa, le abrazó, le estrechó, hubo un momento de lucha; el Conde retrocedió hasta la pared, se oyó un rugido sordo, Pedro dejó de abrazar á su enemigo, y este cayó de costado, inerte.

Le habia matado el abrazo de Quirós.

CAPITULO VI

DE COMO PERICO-ENREDA TUVO MUY BUENAS RAZONES PARA
ARREPENTIRSE DE NO HABER SIDO MAS VALIENTE



Un momento despues los dos coches del Conde de Fuen-Labrada, llevando de reata las mulas, en las cuales iba parte del gran equipaje del Conde, adelantaban por el camino de Granada.

Los cocheros eran Bandera y el Bachiller.

Las mulas delanteras no necesitaban zagal al

morro, porque sabian demasiado el camino de Granada.

Los dos coches, con sus dos reatas de mulas cargadas, se alejaron á buen paso.

En la venta, entretanto, en cuatro diferentes aposentos se debatian procurando libertarse de sus ligaduras las personas que alli habian quedado.

Una de las primeras que lo consiguió, fue la enamorada del carbonero.

Consistia esto en que era muy buena moza, y en que al atarla el Bachiller se habia enervado de tal manera, que no habia podido emplear todas sus fuerzas.

Cuando Juana, que así se llamaba, hubo aflojado lo bastante el pañuelo que la sujetaba y pudo al fin sacar uno de los brazos de la ligadura, lanzó fuera de sí el colchon, que ya la tenia á punto de asfixia, se fué á la otra cama donde Petra estaba punto menos que ahogada, la libertó, y luego entrambras corrieron á socorrer á Perico-

Enreda, su amo, que estaba inmóvil y como muerto.

Le quifaron la mordaza, esto es, el pañuelo, que estaba manchado de sangre, y despues le desataron.

Enreda no se movió por esto.

Las dos doncellas, asustadas, cogieron una alcarraza que habia sobre una mesa llena de agua, y rociaron abundantemente el rostro del ventero.

Algunos instantes despues, este dió un ronquido, hizo un movimiento, se incorporó, se puso de pie, dió dos traspieses como un ebrio, y dijo ya entre las dos jóvenes que le sostenian para que no cayera :

—Los demonios, los demonios, han estado esta noche en mi casa.

—Algo mas que los demonios, exclamó temblando Petra. Yo creo que han sido los Diez Compadres.

—¡Ave María Purísima! exclamó el ventero,

pero no puede ser, porque nos hubieran matado.

—¿Y quién sabe si nos matarán todavía? exclamó llorando Petra.

—Ya no, como no vuelvan, dijo Juana que estaba mas serena : yo les he sentido pasar por el corredor y luego he oido los campanillos de los tiros que los sacaban de la cuadra, y luego los coches que rodaban.

—¿Estás tú segura que se han ido, muchacha? dijo compungido el ventero, que se limpiaba la boca con el pañuelo que le habia servido de mordaza.

—Vaya si lo estoy, contestó Juana; los bandoleros en cuanto dan el golpe, escapan : se han llevado lo que habia traído ese señor, y aquí paz y despues gloria.

—Me parece que tienes razon, chiquilla, dijo Enreda. No se oye ni una mosca en toda la venta. Voy á salir, digo, voy á asomar la cabeza á la puerta á ver lo que sucede.

En efecto, Perico-Enreda, que se acordaba de

que habia sido soldado y no tenia nada de cobarde, fué á la puerta del aposento con la intencion de abrirla.

Pero no pudo, porque la puerta estaba cerrada con llave por la parte de afuera.

— A bien, dijo, que esta ventana da sobre el corral de las gallinas, y hay debajo estiércol.

Y abriendo la ventana que estaba á poca altura, se dejó caer al corral.

II

Una vez allí, reflexionó y dijo :

— Vamos claros, Perico ; ¿ qué sabes tú si están ó no están todavía ahí esos demonios ? tú no tienes armas, y te espones á que al asomar la cabeza á una puerta uno de esos amigos te levante la tapa de los sesos de un tiro. Lo mejor será que á

la chita callando saltes las tapias del corral, sin hacer mas ruido que una lagartija por si acaso, y te escurras, y te vayas al ventorro de tu compadre Ratilla, que es muy hombre y tiene dos hijos que son dos fieras. Y podrá suceder que como otras noches, se hayan quedado allí á dormir un par de honrados cuadrilleros de la Santa Hermandad. Media legua te la andas tú en dos credos, vienes con buena compañía, y si por una casualidad Pedro Quirós está todavía aquí y le cogemos, nos hacemos dueños de tres mil ducados que da la justicia por su cabeza.

Y sin mas razonamientos, el brabo Pedro-Enreda saltó silenciosamente las tapias del corral, avanzó con precaucion por el campo, por si los Diez Compadres habian dejado algun escucha, y cuando estuvo á cierta distancia, se dió á correr á campo atravesado, camino de Alhama.

No habian pasado tres cuartos de hora, cuando entraba en su venta acompañado de su compadre Ratilla, de sus dos hijos y de tres cuadrilleros,

cuyas personas venian armadas hasta los dientes.

Encontraron abierta la puerta de par en par, y de todo punto abandonada la cocina.

Pero se oia un ruido sordo en una habitacion que al fondo de la cocina estaba.

Fuéronse á ella los recien llegados, abrieron la puerta y se encontraron con María la Ventosa, con las otras mozas de la venta y con cuatro de los criados que habia llevado el Conde atados, amordazados y en un estado que daba compasion.

Inmediatamente fueron sueltos.

Se recorrió la casa, se soltó á los otros prisioneros, y por último, se acudió al aposento en el que se habia acomodado al Conde.

Entonces se vieron dos espectáculos.

Entrambos conmovedores á cual mas.

Sobre la mesa, é iluminado de lleno por la luz del velon, habia un monton de doblones de á ocho, y junto á ellos un papel escrito.

En el medio del aposento, bañado en su sangre

estaba el cuerpo del Conde, rígido, horrible, sin cabeza.

Los que acababan de entrar en el aposento quedaron por algun tiempo aterrados.

Aquello era á la par horrible y tentador.

Haciendo justicia á la serenidad de Perico-Enreda, debemos decir que le causaba mucho mas efecto el monton de oro que estaba sobre la mesa, que el sangriento espectáculo del cuerpo sin cabeza del Conde.

III

Los cuadrilleros sacaron incontinenti cada uno su tubo de hoja de lata y su tintero de cuerno, y se pusieron á instruir las primeras diligencias del proceso.

Uno de ellos especialmente, hacia el inventario.

Cuando llegó á los doblones, leyó el papel que junto á ellos estaba y vió que decia :

« Perico-Enreda, tú no me conoces, pero yo te conozco á tí y sé que eres un valiente sugeto digno de la amistad de un tan valiente sugeto como yo.

« Tú has estado en los ejércitos del Rey nuestro Señor, en la almadraba del atun, en galeras, y te han azotado tres veces : por mí has perdido esta noche la ganancia que te hubiera dejado el convoy si hubiera llegado á tu casa. En ella he encontrado además la cabeza del Conde de Fuen-Labrada, que la aprecio en tanto como él apreciaba la mia. Para pagarte esto y para que no pierdas, y además por el susto que has pasado, te dejo quinientos doblones. No digas que no es tu amigo y que no te estima.

« PEDRO QUIRÓS. »

IV

Desesperóse cuando hubo encontrado esta lectura Enreda, y dijo irreflexivamente en voz alta :

— Bien empleado me lo tengo, por cobarde; cuya imprudente palabra dió lugar á que los cuadrilleros le echasen mano, y despues de haber hecho todas las diligencias que el asunto requeria, se lo llevaron preso con su mujer y sus criados á Alhama, á cuya jurisdiccion pertenecia la venta.

V

Los cuadrilleros reforzados con cuanta gente armada pudieron recoger en los contornos, reco-

nocieron el camino de Granada y dieron al fin con el convoy robado, detenido, atados hombres y mujeres, y algunos de ellos heridos ó muertos.

No se podia dudar acerca de los causantes de estos terribles delitos, y fueron buscados con todo el rigor y toda la diligencia de la justicia los Diez Compadres.

Pero esto no pudo ser hasta muy entrado el otro dia, y la justicia no pudo dar con ellos.

Habian desaparecido.

La atalaya de Moclin estaba abandonada, pero quedaban en ella el lecho y los muebles de Pedro Quirós.

En la casería del Almirante habia pasado algo horrible, pero la banda conocida con el nombre de los Diez Compadres habia desaparecido.

CAPITULO VII

DE COMO PEDRO QUIROS SE SEPARÓ DE SU GENTE PARA METERSE
EN AVENTURAS

I

Los coches y las acémilas fueron internados en la Sierra por lugares por donde nadie hubiera creído pudiese pasar un carruaje.

Pero los bandidos conocían palmo á palmo el terreno, y surmontando colinas, buscando la parte

llana de los barrancos y los pasos accesibles, dieron al fin con los coches y con las acémilas en la Rambla Negra.

Allí, distantes de todo camino y de todo lugar frecuentado podían estar en seguridad.

II

Carruajes y acémilas fueron descargadas al momento.

La noche era muy oscura, pero esto no importaba.

Algunas grandes teas esclarecieron la oscuridad en el lugar donde estaban amontonados los fardos y los baules del equipaje del Conde de Fuen-Labrada.

A alguna distancia de aquel monton había un pequeño saco que contenía un bulto informe.

A falta de llaves, baules y maletas fueron abiertos por los puñales, y rasgadas con ellos las cubiertas que envolvían los fardos.

III

—Mucho abulta esto, dijo Barrabás, mejor fuera que el Conde se hubiera traído el dinero que le ha costado.

—¡Bah! exclamó Belitre, dinero es lo que dinero vale, y lo que es por este traje, y levantaba uno que tenía en la mano, me da cualquiera señora de aldea lo que la pida. Pues á fe que no es bizarro, de damasco azul con bordaduras de plata.

—Apartad ese traje ahí, donde nadie lo toque, dijo Pedro Quirós, y haced lo mismo con los demás trajes ricos que vayan saliendo. De la misma

manera apartad buena porcion de ropa blanca de mujer.

—¿Y la de hombre? dijo Capuchin. Aquí hay un gran baul lleno de ella.

—Esa la repartiremos entre nosotros, dijo Quirós; es rica y buena y nos vendrá bien.

IV

Continuó haciéndose el reconocimiento de cofres, maletas y bultos

La mayor parte del equipaje consistia en un riquísimo vestuario de caballero y de dama.

Pero cuando se levantó un inmenso alarido de admiracion, de sorpresa y de alegría, fue cuando se abrió un baul y se le encontró lleno de pesos fuertes mejicanos.

■ Se abrió otro y se le encontró literalmente henchido de la misma preciosa materia.

En otro, entre muchas y ricas vestiduras de mujer, se encontró un cofrecillo de sándalo, concha y plata con bellas incrustaciones.

Cofrecillo que á todas luces era un joyero.

Aquella preciosa caja fue destruida en parte por el puñal con que fue abierta.

Al levantarse la tapa, deslumbrantes y múltiples destellos hirieron los ojos de los bandidos, que lanzaron otra ruidosa exclamacion de alegría, de codicia satisfecha.

—Apártese eso tambien, dijo Quirós, y que nadie lo toque.

Ninguno de los bandidos dejó oir ni la mas lijera murmuracion de disgusto.

Pero á todos les heló el corazon la desesperacion de la avaricia.

Nada dijeron, y sin embargo Pedro Quirós oyó todo lo que se habia quedado sin decir.

Siguió el registro, y al fin, cuando todos los

baules, todas las maletas y todos los sacos quedaron vacíos, se encontraron en cuatro montones todo lo que aquellos habían contenido.

El un monton, el mas pequeño, era de dinero.

El otro, el de las ropas de vestir é interiores, de dama que había mandado apartar Pedro Quirós, sobre el cual se veía el cofrecillo de las joyas.

El tercer monton se componia de ricas armas de caballero, un arnés de corte, de hierro empavonado, con incrustaciones de oro y una cruz de Santiago esmaltada sobre el lado izquierdo del coselete, tres coracinas fuertes tambien muy ricas y tres cascos; algunos bastones de mando, como los que usaban entonces los grandes de España, que tenían categoria de capitanes generales, muchas y buenas espadas de corte y campo, dagas, puñales, rodela, broqueles y algunas linternas de ronda.

El cuarto monton le componia toda clase de ropas de hombre, interiores y exteriores.

V

— Está visto, dijo Capuchin, este señor mudaba su casa.

— Ya lo creo, dijo Mari-Perez que asistia á aquello, á una casa muy grande, puesta muy en alto, como que desde ella se ve toda la Vega, y tan junta con la iglesia de San José, que no mas que una tapia separa el jardin del cementerio de la parroquia. Yo no sé por qué no ha puesto remedio en ello el Almirante, que con su valimiento todo lo puede, para que se lleven el cementerio á otra parte.

— ¿Y se iba á vivir este señor con su mujer á casa del Almirante? dijo Lantuérniga.

— Ese caballero no es casado, contestó Mari-Perez.

— Entonces será viudo, repuso Lantuérniga,

y le tendrá mucho cariño á las ropas de la difunta, porque aquí hay tanto vestuario de dama como de caballero.

—Eso es, dijo Mari-Perez, que como este señor es tan rico, ha tenido un capricho y ha mandado hacer á las costureras de la señora, sin que ella lo sepa, un vestuario mayor y mejor que el que la señora tiene, aunque es riquísimo.

—No parece, dijo Pedro Quirós, sino que nos sobra el tiempo para perderle. Haced las partes de lo que yo no he reservado para mí, y contad á esta buena moza como si fuera uno de tantos, porque con nosotros está, es novia de Capuchin y se va á casar con él.

VI

No les gustó mucho á los bandidos la intrusion de Mari-Perez en el reparto, pero lo habia mandado Pedro Quirós y era necesario obedecer.

Todos aquellos hombres sin alma temian como al fuego á su jóven capitan.

Este, mientras se hacian las partes, se paseaba solo y meditabundo á alguna distancia de los bandidos que se ocupaban en cuerpo y en alma de la reparticion del robo.

Pero habia un saco, el pequeño saco de que hemos hablado, que parecia contener un objeto informe al que no tocaba nadie.

Mari-Perez, que, al entrar en parte en una rapiña, se habia aficionado de improviso desmesuradamente á lo ajeno, dijo ;

—¿Y eso otro, qué es?

—Nadie lo toque, dijo Capuchin, que sin duda sabia lo que era aquello, esto pertenece al capitan.

Y tomó el saco y lo puso sobre el cofrecillo de las joyas, que estaba sobre el monton de ropas de dama.

—Jamás has puesto una cosa tan en su sitio, dijo Pedro Quirós, que á pesar de su distraccion habia reparado en aquel incidente.

Luego adelantando, dijo :

—Puesto que ya está hecho el reparto, hagamos desaparecer todo lo que se pueda de lo que no podamos llevarnos.

—¿Y las mulas? dijo Belitre, son muy buenas, con los ducados que valen cada una, bien se puede llenar una bolsa y no de las medianas.

—Dejaos de eso, dijo Pedro Quirós, que para vender tanta mula es menester ponerse en peligro muchas veces, y yo no quiero que á ninguno de los míos les suceda un trabajo por un poco

mas ó menos de dinero. Todos estos efectos se pueden guardar en la cueva, allá abajo ; en cuanto al dinero, creo que bien podrá cargar cada uno con la parte que le toque, y lo que excediere, á las ancas de los caballos.

— ¿Y estas ropas que habeis apartado, estas joyas, y ese bulto, se guardarán tambien en la cueva? dijo Manilargo.

— No, este bulto le conservo yo, dijo Quirós.

Y se metió el saco debajo del brazo, y le cubrió con su capa roja. (Los hábitos capuchinos habian desaparecido.)

—Atad bien el cofrecillo de las alhajas para que no se abra, y ponedlo en una de las bolsas de mi caballo. Encerrad esas ropas de dama en los cofres que fueren necesarios, y cargadlos en mulas. Estas serán las mulas que nos llevemos ; á las otras les quitareis los aparejos y los atalajes, y las dejareis que pasten á su gusto. Los atalajes y los aparejos los metereis debajo de los dos coches y le pondreis á todo fuego. Cuando

hayais ocultado en la cueva lo que os ha tocado á cada uno, os ireis, sin dejar la Sierra, todos, menos Capuchin, á las Alpujarras, á la venta de la Rambla de la Sangre, y allí esperareis órdenes mías. Ahora, Capuchin, á caballo, y conmigo.

— ¿Y yo, Señor Pedro? exclamó sobrecogida Mari-Perez.

— Vos, á las ancas del caballo de Capuchin. Compadres, al que por una imprudencia suya le suceda una desgracia, que no se queje á nadie. Lo que os he dicho, sin dejar la Sierra, á las Alpujarras. Buenas noches.

— Buenas noches, Señor Pedro, y salud, y que nos volvamos pronto á ver, dijeron todos.

— Hasta la vista, Compadres, dijo Pedro Quirós.

— Buenas noches, muchachos, dijo Capuchin.

Y montó, dió el pie á Mari-Perez que montó á las ancas, y siguió á Pedro Quirós, que iba ya al galope por la Rambla arriba.

VII

Llevaba en las bolsas de su caballo, del un lado el cofrecillo de las joyas, del otro el pequeño saco.

En un bolsillo interior de su colete, en un estuche, un riquísimo collar de rubies de triples vueltas y una fuerte cantidad en doblones de á ocho.

VIII

Durante media hora, Pedro Quirós delante, y Capuchin con Mari-Perez á la grupa, caminaron rápidamente y en silencio.

Otra persona, con la que no habia él contado, iba muy detrás, sin duda para no ser sentido, á pie y á la carrera, á que le obligaba la rápida marcha de los caballos.

Esta persona era el enano Barrabás.

—Se perderá por esa mujer, repetia de tiempo en tiempo y con sobrealiento á causa de la carrera que se veia obligado á sostener.

X

Desde el momento en que salieron de aquel sombrío cañon que se llamaba la Rambla Negra, empezaron á caminar con pocos intervalos á la luz de la luna, que estaba en lo mas alto de su carrera.

Era la media noche.

El paisaje aparecía accidentado de una manera enérgica.

Altísimas montañas, valles profundos, rocas y quebraduras por todas partes.

Entre estas quebraduras, inmensas masas de follaje, sobre las cuales la luna producía un tono gris indeciso.

Con mucha frecuencia los caballos se veían obligados á salvar de un salto estrechas cortaduras ó á pasar un puente de pastores, compuestos de dos troncos, entre los cuales se habían puesto algunas gruesas piedras, y sobre el todo una capa de tierra.

Así llegaron al fin á una abertura entre dos montañas.

A los pies de esta abertura se veía un rápido declive, que terminaba en el llano de la Vega.

A la derecha se veía la alta Sierra Nevada, bañada por la luna, destacándose sobre un cielo de un azul dulce, apagado, en el cual relumbraban acá y allá las estrellas.

El azul del rico cielo de Granada en las noches de luna.

A los pies de la Sierra se veían algunos puntos mates, luminosos, como estrellas opacas.

Aquellas eran luces de Granada, no de las casas, porque á aquella hora estaban cerradas todas, sino de los faroles de las cruces y de los nichos de Santos esparcidos aquí y allá, que por la forma de anfiteatro de Granada se veían desde la Vega.

Había algunas luces mucho mas altas que las otras.

Eran las del *Via Crucis* del convento de los Mártires que dominaba el cerro del mismo nombre, que tiene además otro árabe tradicional, el de Cerro de Al-Bahul.

En toda la estension de la Vega no se veía mas que una sola luz, y esta aparecía muy cerca de nuestro personaje, al pie del repecho, entre cipreses y álamos.

Aquella luz se trasparenteaba en la vidriera de una ventana.

El edificio á que aquella ventana pertenecia era la caseria del Almirante.

En aquel repecho hizo alto Pedro Quirós y devoró con una mirada de fuego aquella luz.

Luego, volviéndose á Capuchin, le dijo:

— Acércate.

Capuchin se acercó hasta tocar casi con su caballo el caballo de Quirós.

Este sacó de su bolsillo un puñado de oro, lo dió á Capuchin y le dijo:

— Esto es para que tomes una casa en el Albaicin, inmediata al convento de Santa Isabel la Real. Nadie sabe en Granada que tú andas conmigo; tú eres siempre el brabo Capuchin que de tiempo en tiempo se pierde, y de repente aparece en la Plaza Nueva, junto al rincón de vagos, mintiendo bazarrias y aventuras de un viaje que no ha hecho. Ten en cuenta que esa casa que te mando tomar ha de servirme de posada. Cá-

sate con Mari-Perez, de la que dirás se ha venido contigo huyendo de los malos tratos de su familia; inventa, en fin, una de tus historias, que tú lo sabes hacer eso mejor que yo. Hazte amigo del andadero de las monjas de Santa Isabel, porque yo necesito tener noticias de doña Margarita y quiero que ella las tenga de mí. Encargos mas difíciles te he hecho y has salido adelante. Mira, véte, y no te pongas en cuidado aunque en algun tiempo no recibas noticias mias.

—Pero capitan, dijo Capuchin, ¿tan perdida tengo vuestra confianza que no se me puede decir nada?

—No me preguntes ni una sola palabra; véte, que te vea yo descender y tomar por la Vega el camino de Granada.

Capuchin obedeció sin replicar, y empezó á descender.

Al mismo tiempo de un matorral, delante del que estaba á caballo Pedro Quirós, salió una sombra informe.

Era Barrabás, que se alejó tan silenciosamente que no pudo sentirlo Quirós.

— Mientras ese baja, murmuraba el gigante enano, tengo tiempo. El señor se ha olvidado de su torre de Atalaya que le ha abrigado y le ha ocultado tanto tiempo; se ha olvidado de su buen caballo Leal, y de las buenas armas que se han quedado allí. Además, yo necesito algo que me lleve de prisa, porque en cuanto el señor acaba la faena que tiene entre manos, se alejará de la casería del Almirante con mas rapidez que el viento, y no le podré seguir. El camino hasta la torre es un poco largo y un mucho áspero; pero no importa, volveré á tiempo.

Y el enano trepaba por las asperezas con una velocidad infinita.

X

A los diez minutos llegaba á la plataforma del monte, donde se alzaba la torre de Atalaya.

Entró en ella, y en la cuadra que habia en parte baja, y el magnífico Leal le recibió con un relincho impaciente.

— ¡ Ah ! me pides pienso, pobre ; ¿ qué hubiera sido de ti si no me hubiera acordado ? hubieras muerto de hambre. Vaya, come algo mientras yo arrojo las armas de tu señor á la cisterna por si se atreven á llegar hasta aquí, que no se las lleven.

Y despues de haber echado un lijero pienso al caballo, subió á la habitacion de Pedro, cogió las armas, las bajó, y en una profunda cisterna que habia fuera de la torre, las fue arrojando.

Solo reservó una espada, una daga, dos pedreñales y una escopeta.

Se ciñó la espada, se colgó los pedreñales á la cintura y una bolsa bien repleta de municiones; entró en la cuadra, ensilló el caballo, le enfrenó, enganchó la escopeta en el borren posterior de la silla, le sacó fuera, montó y descendió de la cumbre por un atajo que ahorraba mucho camino.

Salió á la abertura en que estaba Pedro Quirós, pero mucho mas abajo para no ser sentido.

Desmontó y se aproximó.

De improviso se detuvo.

Dejó el sendero sobre el que marchaba, se ocultó entre los jarales y esperó con un pedreñal preparado en la mano.

Se oían sobre la roca los pasos de un caballo.

Al fin, saliendo de una accidentacion, vió á la luz de la luna Barrabás á Pedro Quirós.

A poco, este detuvo su caballo, echó pie á tierra, metió el animal entre una espesura, y salió á poco.

Iba á pie, sin espuelas, y llevaba un bulto debajo de la capa.

Barrabás dejó que se alejase un tanto, y luego le siguió.

CAPITULO VIII

LO QUE PASÓ AQUELLA NOCHE EN LA CASERIA DEL ALMIRANTE
DE CASTILLA



I

Pedro bajó rápidamente el repecho, llegó al llano, atravesó un sendero oscuro entre una arboleda, y llegó á uno de esos estrechos caminos de herradura que ponen en comunicacion á un pueblo con otro.

Sobre aquel camino, y á poca distancia, se veia un ángulo del muro, que así podia llamarse la gruesa y alta tapia que cercaba la casería del Almirante.

Sobre este muro descollaban en una larga hilera magníficos cipreses, que por su altura y por su grueso parecian muy anteriores á la conquista de Granada.

Lo que indicaba que en tiempo de los moros aquello habia sido una casa de placer.

Confirmaban, además esto, dos altísimas palmeras, á las cuales un beduino del desierto hubiera atribuido, á lo menos, cuatro siglos de edad.

Un poco mas allá del ángulo, habia un ancho portal ó vestibulo, cubierto por un alto tejado, y en el fondo de este vestibulo se veia una gran puerta redoblada y claveteada de hierro, capaz para que pudiese caber por ella un carro de bueyes cargado de paja.

A cada lado de este vestibulo habia dos puer-

tas mas pequeñas: la una correspondia á una hospedería para pobres, la otra, á la derecha, á un despacho de vino, donde se servia un solo vaso de este líquido á todo transeunte que pasaba con sed; pero un vaso gigantesco, en el cual cabia una azumbre.

Nada se llevaba por esto.

Todo el que queria podia beber dos vasos, uno á la ida y otro á la vuelta, á la salud del Almirante de Castilla y de la hermosa Doña Margarita, su hija.

Además, como en los conventos se llenaba todos los dias á las doce la escudilla y la cantimplora á todo pobre que llegaba, con la diferencia de que en los conventos no se daba vino y la comida se reducía á una sopa insoportable, y lo que se daba en la casería del Almirante era una buena ración de olla castellana con cecina y tocino.

De lo que resultaba que, durante el dia, particularmente á las doce, la casería estaba muy con-

currida ; que en el resto del dia no faltaban transeuntes y que por la noche se quedaban en la hospederia cuarenta ó cincuenta pobres, á cada uno de los cuales se daba un pedazo de pan y otro de queso y un jarro de vino.

Habia muchos abonados perpetuos, por decirlo así, lo cual favorecia á vagancia, porque se sabia que con tal de llegar antes del oscurecer, se tenia un albergue para pasar la noche con lecho y fuego en el invierno, y bien cenados y bien bebidos.

Habia dos departamentos como era natural, el uno para hombres y el otro para mujeres, que quedaban incomunicados ; y cuatro domésticos del Almirante se quedaban alli en un aposento contiguo para mantener el orden.

De manera que, en cuanto tocaba la oracion la campana de la caseria, uno de los criados, el mas viejo, hacia rezar el rosario á los mendigos.

Despues se les distribuia la cena, se cerraba la puerta de la hospederia y de la taberna gratuita,

y todo quedaba envuelto en un profundísimo silencio.

A la izquierda, pues, del pórtico, habia mucha gente, pero á la derecha nadie, porque nadie quedaba en la taberna.

La porteria estaba por dentro, y tanto la hospederia como la taberna, tenian tambien puertas que comunicaban con un gran patio cercado por tapias tan altas como las del exterior, á cuyo fondo estaba la casa, ó mas bien el palacio campestre del Almirante.

Este cercado interior tenia otro pórtico enorme á la izquierda, por el que se pasaba al lagar, al molino de aceite, á todas las dependencias agrícolas, en fin, de la caseria, que estaban dentro de otro cercado, que por otro porton comunicaba con las estensas y fructíferas tierras de olivar y viñedo, que producian una parte muy fuerte de las rentas del Almirante.

Los enormes perros guardianes no estaban ni en el primer recinto, ni en el segundo, mientras

el Almirante permanecía en la quinta, porque molestaban mucho al buen señor, haciéndole oír demasiado de cerca sus tremendos ladridos, y tanto mas que el almirante padecía, desde hacia algun tiempo, terribles insomnios, y muchas noches se las pasaba de claro en claro, sin desnudarse, y aun sin acostarse.

Además de esto, se creían innecesarios en aquella parte los perros, porque ¿quién se habia de atrever á robar, ni á cometer ninguna otra fechoría en un recinto donde habia gente tan numerosa y tan brava como los criados del Almirante?

Los perros se quedaban sueltos fuera, en las tierras de cultivo, para poner espanto á los mero-deadores y á los cazadores furtivos que, ya alguna vez, á pesar de todo, habian vendimiado las viñas del Almirante y le habian causado daños enormes en el vivero.

II

Pedro Quirós se fué derecho al porton.

Tiró con fuerza de una cadena que á un lado de él pendia, y se oyó inmediatamente un batir apresurado de campana, que sostuvo durante algunos minutos Quirós.

Tal fue el estruendo, que no hubo medio de que el portero se hiciese sordo.

Así es que, saltando de la cama y envolviéndose en una manta, se vino á la puerta y exclamó con acento amenazador y terrible:

— Pues mire el escandaloso, no abra yo el ventanillo y le meta por los pechos un arcabuzazo que le deje seco.

Inútil es decir que este arcabuzazo era una figura retórica para causar efecto, no porque no

tuviese arcabuz el portero, sino porque se habia acercado á la puerta sin él.

—¿Y para qué os tiene aqui Su Escelencia, galopo, dijo Pedro Quirós, sino para que franqueis sus puertas á sus amigos á cualquier hora que lleguen?

— ¡ Ah! exclamó el portero cambiando bruscamente en humildad la soberbia; ¿Vuecelencia es amigo de Su Escelencia?

Y daba tratamiento el portero á Quirós, porque no comprendia que uno que no fuese señor escelentísimo pudiese ser amigo de su amo.

Por lo menos era necesario ser paternidad.

— Yo soy Don Juan Venegas, contestó con una voz sepulcral, terrible, Pedro Quirós.

— ¡ Jesús, María y José! exclamó el portero; ¿pues no murió el Señor Don Juan Venegas há ya mas de un año?

— Pues por lo mismo, dijo Pedro Quirós; en vez de venir á visitar á vuestro amo de dia,

vengo á visitarle despues de media noche, que es la hora en que me dejan salir del otro mundo.

III

Oir esto el portero, y dispararse hácia la parte adentro del patio ó primer cercado, dando alaridos espantosos, fue todo obra de un momento.

Y tales alaridos dió y tan desesperados creyendo que se lo llevaban los diablos, que hubo de abrirse aquella ventana del palacio, en cuyas vidrieras habia visto Quirós el reflejo de una luz y un hombre cuyo bulto habia aparecido, dijo con voz estentórea y displicente :

— ¿Qué es eso ? ¿por qué gritas de esa manera tan desesperada, Santiago ?

— ¡ Las almas del otro mundo, señor, las al-

mas del otro mundo! exclamó atosigado Santiago.

— ¿De qué almas del otro mundo hablas tú, mentecato? dijo el Almirante, en cuya voz á despecho de sus palabras se notaba un no sé qué de coartado y temeroso.

— Del alma en pena de Don Juan Venegas, señor, que viene á estas horas á hacer una visita á Vuecelencia; y sino, mire Vuecelencia cómo hace sonar la campana impaciente por entrar.

— Pues como las almas en pena son incorpóreas, no puede ser alma en pena esa que mete tanto ruido, dijo el Almirante. Mira si el que viene viene solo, y si es así abre y que entre.

— Echéme Vucencia á la calle, mándeme dar un trato de cuerda, envíeme á galeras, ahórqueme si le place, por servidor desobediente é ini-cuo, pero yo no abro á ese que llama.

IV

— Ni hay necesidad de que nadie me franquee la puerta, dijo inmediatamente detrás del portero Pedro Quirós.

Santiago dió un salto, en el salto una vuelta sobre sí mismo, lanzó una especie de graznido inarticulado, y cayó en tierra sin sentido.

V

Nada habia de sobrenatural en lo que acababa de suceder, como comprenden nuestros lectores; ni Pedro Quirós era un ratero de esos que llevan

llaves maestras, ni se puede con ellas abrir el porton de una hacienda rural, porque estos portones quedan asegurados por dentro con un enorme cerrojo ; todo era efecto de una casualidad.

Como el portero y los otros de la hospedería eran criados, no ya de escalera abajo, sino de recinto exterior, y el vino se bebía franca y lisamente, acontecía que estos domésticos, cuando empezaba á caer la tarde, estaban como cubas ; de tal manera que le salían de la boca con barbas los pater-nostres y los kiries al que rezaba el rosario con los pobres.

Y en cuanto á los otros no se podían lamer.

Inconveniente grave de la prodigalidad de un señor para con sus criados, cuando esta prodigalidad se refiere al vino.

Aconteció, pues, que aquella noche, cuando cerró el portero Santiago, tal estaba que en vez de agarrar el cerrojo cogió el aire, corrió las manos y se metió en la portería y se acostó tan satis-

fecho como si hubiera cerrado fuertísimamente la puerta.

Y aconteció lo mas natural del mundo, que como Pedro Quirós era colérico, irritado por lo que tardaban en abrirle, dió un fuerte empujon á la puerta, y esta, que solo estaba encajada, se abrió.

Pedro Quirós entró, volvió á encajar la puerta, adelantó y llegó á tiempo de decir las terribles palabras que hicieron caer al suelo privado de sentido á Santiago.

Y lo que tampoco estrañarán nuestros lectores teniendo ya noticias de lo bien que se preparaban para dormir los criados de la puerta.

Será que ninguno de ellos dió señales de vida á pesar del campaneo, y que si algun pobre le escuchó se abstuvo de meterse en lo que no le importaba, y permaneció quieto y arropado en su lecho.

VI

Al mismo Almirante le causó tal pavor aquella aventura, que se retiró precipitadamente de la ventana y se puso á dar vueltas por su cámara, sin saber lo que le acontecia, y sin atreverse á llamar no fuera que le tapara la boca la fantasma.

Cuando he aquí que al dar una vuelta frente á la ventana vió asomar por ella de la parte afuera, una cosa reluciente en que reflejaba la luz de la lámpara.

Luego una cabeza pálida que traia en la boca, sujeto con los dientes, un mediano bulto blanco, en el que habia estensas manchas rojas; luego unos hombros, despues medio cuerpo, y por último una apariencia de hombre envuelto en un manto rojo, saltando del alfeizar de la ventana

dentro de la cámara, quedó de pie, inmóvil ante el Almirante, que estaba petrificado de un temor tal y tan poderoso, que le impedía perder los sentidos.

VI

Entretanto, Barrabás había llegado al portalon, pero no había podido notar que la puerta no estaba mas que encajada.

Conocía la disposición de las habitaciones adyacentes, sabía que á la derecha, esto es, en la taberna, no se quedaba nadie.

Antes de llegar había oído el campaneó causado por Pedro Quirós, y como al llegar no le vió en el portalon, supuso que le habían franqueado la puerta.

— Mi señor está dejado de la mano de Dios,

dijo, despues de las terribles cosas que ha hecho durante un año, despues de haber retado esta noche de una manera insensata á la justicia, con un hecho atroz, que parece increíble, viene á meterse en la boca del lobo, porque él no matará, no, al Almirante; el Almirante es el padre de la mujer que ama. Y el Almirante, fiero, terrible, en cuanto le vea delante de sí, gritará, llamará, le hará prender. Y entonces, ó entonces seria horrible. Yo podria acabar todo esto con una sola palabra; yo podria decir á mi señor que esa desdichada á quien amas, que te adora, es tu hermana. Pero no, no, esto seria matarle. Es necesario que yo enfre, que el Almirante me vea. ¡Oh! si el Almirante me ve, mi señor no correrá el menor peligro: ¿y por dónde entro? Yo no puedo llamar, derribaria el porton si quisiera; pero causaria un terrible estruendo. No, no; esta puerta de la derecha es para mí tan débil, como si fuera de carton. Esa puerta me franqueará el paso.

Y aquel gigante rebajado se fué á la puerta de la taberna, metió bajo ella sus dos largas manos, sujetó la hoja, como hubieran podido sujetarla unas gigantescas tenazas.

Luego, á causa de su deforme construccion, hizo lo que ningun otro hombre hubiera podido hacer, empujar con el enorme pie la puerta por encima de sus manos.

Los goznes, la cerradura, todo cedió rechinando sordamente.

Y al fin el enano se alzó, entrando en la taberna con la puerta levantada en las dos manos, como hubiera podido llevar un carton.

Luego ajustó la puerta en su marco, y avanzó entre la oscuridad.

Quien hubiera llegado un poco despues al portalon hubiera creido perfectamente aseguradas la gran puerta y la puerta de la taberna.

the general principles of the art of navigation, as far as it relates to the construction of the vessel, the management of the crew, and the conduct of the voyage, from the first discovery of the art to the present time.

The first part of the work contains a general history of the art, from the first discovery of the art to the present time. The second part contains a description of the various kinds of vessels, and the manner of their construction. The third part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct.

The fourth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct. The fifth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct. The sixth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct.

The seventh part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct. The eighth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct. The ninth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct.

The tenth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct. The eleventh part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct. The twelfth part contains a description of the various kinds of navigation, and the manner of their conduct.

CAPITULO IX

UNA HISTORIA DE SANGRE Y MISTERIO

Pedro Quirós había dejado sobre una gran mesa con tapete de terciopelo, en que aparecía el ostentoso blason del Almirante, al pie de la gran lámpara de plata cincelada de cuatro mecheros, del género de los que se llaman *velones* en An-

dalucia, el saco que contenia el objeto informe y cuya tela aparecia con grandes manchas rojas de mas ó menos densidad.

En aquel objeto se fijaba la mirada atónita, cobarde, casi estúpida, por el terror del Almirante.

Aquella mirada en que aparecia una agonía infinita, vagaba de aquel objeto desconocido, pero terrible, al semblante inmóvil, pálido, amenazador del jóven.

Este permanecia de pie é inmóvil.

La situacion era de esas que no pueden durar mucho tiempo, que terminan por la fuga ó por el desvanecimiento de la persona que la sufre, causan una esplosion de sentimiento.

II

Esto último fue lo que aconteció.

El Almirante estendió los brazos hácia el jóven y dijo con el semblante descompuesto, distraído y con la mirada errante, en que aparecia algo de la locura.

— Yo no tuve la culpa, no ; yo no tuve la culpa.

— ¿ La culpa de qué ? preguntó con una voz fria, cuya acentuacion era acerada, Quirós.

— No fui yo quien os mató.

— Ni vos, ni nadie es culpable de mi muerte, puesto que esta no ha sobrevenido todavía. Recobraos, señor Almirante ; yo no he venido á buscar á un visionario, sino á un hombre bravo, sin miedo y sin tacha.

— ¡ Ah ! sí, sin tacha ; mi conciencia está tranquila y mi frente pura ; pero sin miedo ., no, vos me aterrais... vos me matais.

— ¿ Y por qué si nada os dice vuestra conciencia, señor Almirante ?

— Porque os creo un muerto, una alma en pena.

— ¡ Ah ! ¿ y no mas que por eso ?

— No mas.

— Pues ved, señor Almirante, ó mejor dicho, tocad : las almas en pena no tienen cuerpo ; y ved, ved, yo lo tengo fuerte y vigoroso. Los muertos que se levantan de su tumba tienen cuerpo, sí, pero un cuerpo mas frio que el hielo, porque no hay nada mas frio que la muerte ; y ved, ved, mis manos arden, y mi aliento quema.

Y á todo esto, el jóven habia asido las manos del Almirante que temblaba de los pies á la cabeza y aparecia cada vez mas dominado por el terror.

— Sí, continuó Quirós : lo que os aterra, lo

que os huela el alma de horror, lo que os mata, es vuestra conciencia. Vos, creéis que sois aquel desdichado Don Juan Venegas que murió asesinado por vos.

—No ; exclamó el Almirante ; se mató él como se mató en Loeches su cómplice el traidor Conde-Duque de Olivares.

—No unais el nombre del infame Conde-Duque al ilustre nombre de un caballero tal como Don Juan Venegas ; os lo prohibo ; os lo mando.

—Y si no sois vos Don Juan Venegas, ¿ qué os importa ? dijo el Almirante, en quien por un fenómeno producía una reacción su altivez al verse tratado de una manera tan soberbia por Pedro Quirós.

—Entre ese caballero y yo, dijo Pedro, hay una gran semejanza. ¿ Quién sabe, quién sabe si somos hermanos ; hermanos desconocidos, hermanos tan semejantes el uno al otro, que pueda confundirseles ?

—Yo, no, no; nadie puede dudar de la honra de la madre de Don Juan Venegas.

—Pero, el padre de Don Juan Venegas pudo tener amores con alguna dama que no fuese tan honrada como su madre.

—Puede ser, contestó el Almirante; pero si no sois vos Don Juan Venegas ¿quién sois?

—Yo soy el capitan de los Diez Compadres.

—¿Vos? exclamó retrocediendo el Almirante; ¿vos sois ese miserable bandido, terror de Andalucía?

—Yo soy.

—Pero eso no esplica nada; dijo el Almirante; Don Juan Venegas ha podido dar desesperado en el crimen.

—Yo soy, por la mar y por la tierra, delante del cielo y del infierno, Pedro Quirós el capitan de los Diez Compadres.

—Podeis muy bien haberos confirmado, y ser ahora ese vuestro nombre como antes lo fue el de Don Juan Venegas.

III

—Sentaos, señor Almirante, y oid.

El Almirante se sentó, cediendo á la fascinacion que ejercia sobre él Pedro.

Este, que habia conservado el casco puesto, se le quitó, lo dejó sobre la mesa, arrastróse junto á un pesado sillón y se sentó.

El Almirante, maquinalmente, por costumbre, se habia sentado en su gran sillón dorado, forrado de terciopelo rojo, de alto respaldo y blasonado.

Por un accidente, la pantalla del velón dejaba ver en la sombra el semblante de Pedro Quirós, al par que dos de los mecheros iluminaban de lleno el del Almirante.

IV

Pedro Quirós sacó de un bolsillo interior de su colete una cartera.

La abrió y buscó, entre los papeles que contenía, uno plegado en cuatro dobleces y le arrojó sobre la mesa delante del Almirante.

— ¡Leed! le dijo.

El Almirante, que no podía vencer el predominio que ejercía sobre él Quirós, abrió el papel y vió que era sellado, del que se usaba y se usa aun para los documentos en España.

Lo que en este papel estaba escrito, era lo siguiente :

« Yo, el infrascrito Licenciado Cura Párroco de la parroquia del Señor San José de la ciudad de

Granada, certifico que en la noche del día de la Epifanía, seis de Enero, del año de gracia de mil y seiscientos treinta y seis, llamó á mi puerta una persona desconocida que dijo á mi ama « aquí traigo un moro recién nacido para hacerlo cristiano, » y como se le dijese que volviera á buena hora, el hombre dijo : « vuelva quien quisiere que en cuanto á mí, con dejar el pelon á la puerta y avisar de que le dejo, he concluido. » Y aquel hombre temerario se fué dejando, como luego se vió, una criatura casi desnuda, espuesta al rigor de la helada, que se sentia hasta dentro de la cama.

« En resumen, mi ama bajó y cogió la criatura, y la subió y yo la abrigué en mi lecho ; y por la mañana, vestida con ropas que proporcionó una vecina caritativa, la llevamos á la iglesia, y allí, sirviéndole de padrino el marido de la mujer que habia procurado las ropas, le bautizé yo solemnemente, poniéndole por nombre el que caritativamente le prestó Pedro Quirós, su padrino, que

fue el propio nombre suyo, á quien advertí todas las obligaciones que contraía. »

Seguian luego las fórmulas de costumbre, la firma de Diego de Vargas, licenciado cura párroco de San José y la legalizacion, por tres escribanos públicos, de este documento.

V

El Almirante que le habia leído ávidamente, miró de una manera penetrante á Quirós.

—¿Sois, pues, hijo de padres desconocidos?

—El nombre de mi padre, contestó Pedro, lo llevo en la cara, puesto que vos me confundis con mi hermano el desgraciado Don Juan Venegas.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el Almirante rehaciéndose mas y mas á medida de que se iba conven-

ciendo de que no trataba con un muerto, sino con un vivo.

—Pero ¿y vuestra madre? ¿Quién fue vuestra madre?

—Preguntádselo al misterio, respondió Pedro Quirós. Yo fui un día, hombre ya, tan hombre como que de esto no hace mas que un año, á la villa de Cadiar, á las Alpujarras, á su fuerte castillo, á preguntar á Don Juan Venegas, si su padre, al morir, le habia revelado algun secreto referente á un hermano suyo.

Voy á deciros por qué sabia yo que era mi hermano Don Juan Venegas, ó lo presumia, á lo menos.

Yo he sido soldado, he peleado por el Rey, en el Franco-Condado y en Italia; y tambien peleé en tres años que, mozo aun, llegué á donde no llegan mas que los bravos soldados viejos, á capitán de infantería.

—¡Ah! ¡ah! ¿vos habeis sido capitán de infan-

teria? Y apenas habeis sustituido el bozo con la barba.

— Eso quiere decir que yo soy de muy buena calidad, y que no soy avaro de sangre ni de fatiga.

Además, como el hombre es la costumbre y yo estaba acostumbrado á ser capitan de gente brava, no pudiendo ser capitan de soldados, me hice capitan de malhechores.

— Manchando indignamente vuestra sangre, puesto que indudablemente sois hijo de mi viejo amigo el noble Don Pedro Venegas, y que como él teneis en las venas sangre de reyes.

— Pero eso no lo ha conocido nadie, sino para provocarme é insultarme. Oid, oid la historia de mis desdichas, y ved de qué manera un hombre honrado, un hombre bravo y leal, puede venir, si no á asesino, porque nunca lo es un valiente, á ladron.

Estremecióse el Almirante, y volvió á lanzar una cobarde mirada al saco manchado de rojo que estaba sobre la mesa.

VI

Pedro Quirós guardó algunos segundos silencio como para ordenar sus recuerdos, y luego dijo con la entonacion de quien hace un relato :

— Crióme en el temor de Dios y en las buenas costumbres la buena María de Santivañez, mi madre adoptiva, á quien Dios sin duda tiene en la gloria como á mi buen padre adoptivo, su marido.

Habia algo de afectado en la entonacion del jóven, de tal manera, que no parecia sino que estaba contando una historia que no era la suya, sino que le interesaba mucho.

— Murióse el honrado Pedro Quirós, cuando yo apenas tenia cuatro años, y como no habia tenido mas hijos que el que le habia enviado la ca-

ridad, me dejó bien heredado; de tal manera, que podia haberseme llamado rico. Mi padre adoptivo era tejedor y mantenía él solo cien telares de seda.

Todo aquello debía pertenecerme el día que mi madre adoptiva muriese.

En fin, abreviemos porque esto nada importa. Mi madre, aconsejada por el cura párroco, que era hombre de muchas letras, quiso que yo también lo fuese, y apenas cumplí doce años me echó encima las bayetas de estudiante y me envió con un dómine para que me guardase y hacerme estudiar en la famosa universidad de Salamanca. Pero el tal dómine había engañado la confianza de mi madre adoptiva y del buen cura de San José. Era un hombre de malas costumbres y disputador y pendenciero, lo que juzgándole á primera vista parecia imposible, porque era flaco y enteco y tenia, cuando se ponía humilde y hablaba á lo hipócrita, las mayores trazas de sacristan del mundo. El ejemplo de este hombre en las costum-

bres estudiantinas fueron labrando en mí un carácter acometedor y aventurero, y un espíritu de libertad que me hacia sufrir muy mal la férula de los maestros. Pero era necesario tener paciencia hasta que se me acabasen de cubrir de plumas las alas y pudiese volar. Esto fue á los veinte años.

Pero afortunadamente no causé ningún quebranto á mi buena madre adoptiva, porque esta murió el mismo año en que yo cumplia los veinte durante las vacaciones.

En fin, vendí por lo que me dieron una hacienda que para nada me servia, puesto que yo no sabia manejar aquellos telares, y con una buena cantidad de oro y muchos libramientos por grandes cantidades contra genoveses, me fui á acabar mis estudios á la famosa universidad de Bolonia, de la que se contaban maravillas en la de Salamanca.

Yo habia enviado al diablo al dómine Cantueso, pero le habia dejado bien acomodado en Grana-

da con tres mil ducados, de los que le habia hecho donacion.

En fin, y para abreviar, señor Almirante, un duelo por una mujer, en que maté á mi adversario, me obligó á salir de Bolonia y á trasladarme á Roma, donde olvidados los estudios gasté mi dinero de la manera mas galana del mundo, y en un año que invertí en recorrer las córtes de Italia gasté en orgías, y en galanteos, y en bazarrias, y en galas hasta el último doblon de los que habia heredado de mis padres adoptivos.

Pude entonces haber tomado la vida que traigo ahora, porque la Calabria es buena tierra de bandidos, pero en vez de esto tomé bandera en las armas españolas y me fuí á Flandes á servir bajo la conducta del marqués de Espínola; y tanto hice que muy pronto llegué á capitan.

Un dia un valenton que acababa de llegar al ejército y al que habia yo contado las costillas á botonazos, irritado al ver que ni á espada aprieta, ni á espada y daga podia llevarme ventaja, preten-

dió satisfacer su vanidad ofendida lanzándome á la cara y á causa de ella un ultraje sangriento.

— ¡Vive Dios! dijo, que debiais taparos la cara porque os pareceis como una gota de agua á otra gota á Su Señoría el Comendador de Baeza Don Juan Venegas, y no sois su hermano, como no lo seais oculto, por lo que, vuestra cara va pregonando la deshonra de vuestra madre.

Como supondreis, señor Almirante, aquel miserable no tuvo tiempo para arrepentirse de lo que habia dicho, porque de un tajo que le metí en la cabeza se la rajé hasta los dientes. Y como porque era cuartel maestre y superior mio, lo mas inmediato era que me arcabuceasen; ayudáronme á escapar los testigos de aquel lance, que eran amigos mios, proveyéronme de dineros y con ellos pude embarcarme y llegar á Málaga, desde donde tomé el camino de las Alpujarras, á las que despues de la caída del Conde-Duque, se habia retirado aquel señor, que decian se me parecia tanto que no podia menos de ser mi hermano.

Cuando llegué á las Alpujarras y á Cadiar, de cuya villa era Señor D. Juan Venegas, oí en la plaza una conversacion que me hizo escuchar atentamente.

Yo iba disfrazado, porque así me convenia; teñidos el rostro y las manos hasta parecer un mulato, y con unas narices postizas, perfectamente disimuladas: no quería yo que los del señorío de mi hermano dijeseis ¿quién es este que se parece tanto á D. Juan, como que puede confundirsele con él?

No quería que nadie pudiese conocer la deshonra de mi madre, porque yo creía ser hijo de la misma madre que D. Juan.

Lo que hablaban, los ociosos, en la plaza se referia á mi hermano. A vos se os nombraba tambien, y por cierto no muy favorablemente.

— ¿No sabeis, decia uno, que el señor Almirante de Castilla, con un secretario y un capitan y mucha gente de armas, ha parado esta noche en Tablate?

— ¿Y á qué viene el señor Almirante con todo ese acompañamiento de gente de justicia y de guerra?

— ¿A qué ha de venir, contestó el preguntado, sino á prender al Comendador?

— ¿Y por qué?

— Porque el Comendador está huido.

— ¿Huido?

— Sí, por cierto.

— ¿Y por qué?

— Por traidor.

— Mirad lo que decís.

— No lo digo yo, lo dicen las gentes de justicia que vienen con el señor Almirante.

— ¿Y cuál es la traicion, vive Dios?

— Pues no sabeis que el Comendador estaba en el reino de Portugal con muy buena gente de guerra y que de repente se vino como huyendo á tierra de Estremadura, con lo que desmerecieron tanto los españoles y creció tanto el partido de

Braganza que al fin se hizo Rey de Portugal, sin cuya corona se ha quedado el Rey de España?

— Lo que sabemos todos es que al Comendador se le tenia con muy poca gente en el Alentejo, y como se le echase encima con mucho ejército el duque de Braganza, se vió obligado á meterse en las tierras de Estremadura.

— La culpa, dijo otro, no fue del Comendador sino del Conde-Duque que tenia pocos soldados en Portugal y mal pertrechados y hambrientos.

— Pues dicen que cuando se envenenó el Conde-Duque sabiendo que el Rey iba á buscar su cabeza en Loeches, donde lo habia desterrado, se encontraron entre los papeles de Su Escelencia cartas del Comendador, de las que resulta claro que el Comendador habia tomado dinero del Duque de Braganza, y estaba convenido con el Conde-Duque en hacer como capitan de gente de guerra todo cuanto estuviese de su parte para que se perdiese Portugal.

Yo no quise oir mas. Seguí mi camino, atrave-

sé la plaza, sali del pueblo, y subí al castillo, donde residia el Comendador, mi hermano.

Pedi le dijesen que un capitan de infanteria muy allegado á él deseaba hablarle, y mi hermano se apresuró á recibirme.

Apenas estuvimos en su cámara le dije :

— Señor Comendador, es tan grave lo que tengo que deciros, que si os parece, pudiérais cerrar la puerta para que nadie pudiera vernos ni oirnos.

— ¡ Ah ! me dijo con acento apenado y triste; ¿ venis á avisarme de que el Almirante viene á prenderme, y me ha tomado los atajos para que no pueda escapar ?

— No venia yo á eso, sino á otro asunto gravísimo, le respondí. Pero al pasar por la plaza he oido hablar á unos villanos que decian que el Almirante venia á prenderos por delito de traicion al Rey.

— Dios perdone al Almirante que lo ha creido, dijo mi hermano ; él mas que nadie tiene moti-

vos para conocerme, para estar seguro de que yo soy incapaz de descender hasta la infamia de la traicion. Dios le perdone por haberlo creido y por venir él mismo á prenderme cuando hace poco me habia otorgado la mano de su hija doña Margarita.

VII

El Almirante se puso pálido y temblon.

Los ojos de Pedro Quirós relucian en la sombra como los de una fiera y le devoraban.

— Antes que todo, y despues de Dios, el Rey, dijo con voz trémula el Almirante.

— Sí, si D. Juan Venegas hubiera sido traidor, dijo Pedro Quirós con la voz terrible...

— Por traidor me mandaba prenderlo el Rey,

dijo el Almirante con la voz siempre insegura, y yo no podia dudar de las palabras de S. M.

— Una serpiente habia entrado en vuestra casa y se habia enamorado de vuestra hija, como se enamora de ella todo el que la ve.

Pero este hombre era viejo, repugnante, asqueroso de cuerpo y de alma. Además, aunque hubiera sido mas hermoso y mas gentil que Apolo, vuestra hija no hubiera podido amarle porque amaba ya con toda su alma á mi hermano.

Este se encontraba entonces sirviendo al Rey en Portugal.

Poco despues, se perdió aquel reino, cayó de su privanza el Conde-Duque, le envió desterrado á Loeches, y se dijo que el Conde-Duque estaba enfermo y se moria á toda prisa de un veneno, que decian mas, habia mandado el Rey le diesen para evitarse el sentimiento de mandar degollar en la pública plaza á un favorito á quien tanto habia amado, ó que segun decian otros, habia

tomado por sí mismo el Conde-Duque para evitarse la vergüenza de subir al cadalso.

El Conde de Fuen-Labrada, el miserable infame, enamorado de vuestra hija, meditó una alevosía horrible para librarse de su competidor á la mano de vuestra hija.

Esta traicion la ignoraba mi hermano, porque no me habló de ella, pero la he conocido yo despues y la he vengado.

Mi hermano sufria mucho, pero con un gran valor, con una gran firmeza.

Me parece que le estoy viendo ahora, pálido, convulso, livido, soportando los agudos dolores que le producía el tósigo, muriendo inocente de la misma manera que habia muerto cargado de crímenes el infame Conde-Duque, y como él por no sufrir la ignominia del patíbulo.

Y la voz de Pedro Quirós, al decir estas palabras, era trémula y sonaba á lágrimas.

— ¡Pobre hermano mio! exclamó; pero he anticipado los sucesos.

— Dejemos esto, me dijo ; ya no tiene remedio, yo me dejaría prender si confiase en que me escucharian y me harian justicia. Pero no hay que esperar, todos están ciegos y ansiosos de hacer alarde de su lealtad al Rey ; me degollarían sin oirme. Es necesario escapar del patíbulo, y escaparé, estoy seguro de ello, he tomado bien mis medidas. Tiempo vendrá en que se descubrirá mi inocencia, y entonces le pesará al Almirante de lo que habrá hecho. Hablemos de vos. ¿ En qué puedo servirlos, si es que yo puedo servir todavía de algo á alguien ?

— Vos podeis servirme de mucho, le dije, no estrañeis lo que voy á hacer, porque es necesario que lo haga para que me conozcais.

— Haced lo que quisiéreis, dijo con estrañeza el Comendador.

Yo entonces me fui á un aguamanil de plata que habia en la cámara, remoje las narices postizas, las reblandeci, me las arranqué, me lavé la cara y volví á ponerme frente á mi hermano.

Este dió un grito.

— ¡Ah! ¡qué es esto! dijo: vos sois mi imágen viva. Sí, sí; vuestros ojos, yo veo un alma como la mia en vuestros ojos; veo mas, veo tambien el alma de mi padre. ¡Oh! yo no lo puedo dudar, vos sois mi hermano, sí mi hermano. ¡Pero esto es horrible, mi madre, ha sido mi madre adúltera, impura! ¿Qué edad teneis?

— Veintitres años, contesté.

— ¡Veintitres años! exclamó, ¿estais seguro de ello?

— Sí; y para que vos lo esteis, mirad.

Y le di mi partida de bautismo, que teneis aun delante de vos, señor Almirante.

— ¡Ah! exclamó al leerla mi hermano. Vos habeis nacido, segun aparece por esta partida, el dia de la Epifanía de mil seiscientos treinta y seis.

— Sí, contesté yo.

— Yo he nacido, dijo mi hermano abriendo una papelera y sacando de ella un papel, el dia de la

Circuncision del Señor, de ese mismo año de mil seiscientos treinta y seis.

—Entonces, dije, solo sois mayor que yo seis dias. Mi madre es la que está deshonrada, no la vuestra. ¿Pero quién es mi madre? No lo sé, no lo puedo saber; tal vez la ha matado su desdicha.

VIII

Pedro Quirós inclinó la cabeza sobre el pecho, y se oyó su respiracion ardiente, poderosa, terrible, que parecia emanar de su pecho como de un volcan.

El Almirante aparecia cada vez mas pálido, mas sombrío.

A cada momento miraba de una manera mas vaga y mas cobarde el bulto ensangrentado que estaba sobre la mesa.

No comprendia lo que era. Ansiaba saberlo, y lo temia á un tiempo.

Pedro Quirós continuó :

— Esto es muy doloroso, y es necesario concluir. Mi hermano, creyéndoo ya muy próximo, señor Almirante, se habia envenenado. Murió en mis brazos, y vos solo encontrásteis un cadáver. Se sacrificó al honor de su familia, y yo le he vengado.

— ¿ Qué le habeis vengado? exclamó el Almirante. ¿ Ese objeto sangriento?...

— No le toqueis, dijo con voz cavernosa, que parecía emanada de una tumba, Pedro Quirós : aun no es la hora. Oid :

Yo estaba oculto en un desvan de la misma torre donde quedaba livido aun el cadáver de mi pobre hermano, cuando llegásteis vos.

Aquel desvan tenia una saetera, desde la cual se veia la plaza de la villa inmediata al castillo.

Yo ví desde aquella saetera una cosa horrible.

Mi hermano, conducido en el ataud de las áni-

mas, en el ataud de los pobres, habia sido llevado á la plaza entre soldados y gente de justicia.

Todo el popular de la villa estaba alli conster-nado, presenciando la terrible desgracia de aquel noble caballero que habia sido siempre el consue-lo del pobre y el amparo del desvalido.

Vos estábais alli, tranquilo y terrible, amena-zador y soberbio, como si no hubiérais conocido á aquel caballero, como si pocos dias antes no hubiérais considerado como un acontecimiento fausto el dia en que vuestra hija fuese su es-posa.

Vos estábais alli, señor Almirante, como un servil criado del Rey, cebándoos en la desventura de aquel á quien el Rey os habia mandado pren-der y degollar.

Vos érais entonces un lobo, domesticado solo para el Rey nuestro señor que Dios guarde, y fie-ro y carnívoro para los demás.

Vos estábais alli teniendo solo entre vos y el pregonero un escribano, y no sé deciros cuál me

parecia mas miserable, si el infame pregonero ó vos. ¿Quién mas insensible si vos, ó el estúpido escribano?

IX

El Almirante, herido de una manera tan ruda en su soberbia, se puso violentamente de pie.

—Sentaos, dijo con voz terrible Pedro Quirós.

El Almirante cayó otra vez sobre su sillón como desplomado, y su mirada se hizo mas errante, mas insensata.

—A lo menos el cadáver del miserable, del traidor, del asesino, del enemigo de su patria y de su Rey y de su Dios, del vil Conde-Duque, no fue insultado; se le hicieron unos ostentosos funerales, y se sepultó con gran pompa su cuerpo en el panteón de sus ilustres ascendientes, que

debieron estremecerse de vergüenza en sus tumbas al sentir entre ellos aquel hijo espúreo que habia envilecido su nombre glorioso.

¿Qué hicisteis vos con el cadáver de mi hermano, del inocente, del leal, del mártir, que no habia manchado ni podido manchar el buen nombre de su padre?

El escribano leyó y repitió con su voz de infamia el pregonero en medio de la aterrada muchedumbre una sentencia horrible, en que el Rey declaraba traidor á D. Juan Venegas, mandaba se le degollase por la mano del verdugo, se le cortase la cabeza, y se le pusiese sobre un camino real, que se confiscasen sus bienes, se borrase su nombre del libro de los hijosdalgos, se rompiese su blason, se derribasen sus casas, se arase su solar, se le sembrase de sal, todo en fin, lo que se hace con un escelerato, y yo lo oia y lo veia todo, yo temblaba de rabia, yo veia que el verdugo, ya que mi hermano no podia ser muerto por el cuchillo, separaba la cabeza del

tronco y la ponía en la punta de una pica, que aquel tronco sin cabeza, era llevado al cementerio del pueblo y arrojado en un ángulo, en una tumba oscura donde no debía colocarse ni una cruz, ni una inscripcion.

Yo juré entonces por el cielo y por el infierno vengar á mi hermano, no en vos, que no habíais cometido otra falta, que el ser demasiado cruel por demasiado esclavo, sino en el calumniador de D. Juan Venegas, del infame que habia producido la terrible tragedia de mi hermano.

Cabeza por cabeza, dijo Pedro Quirós abalanzándose al saco que estaba encima de la mesa, y desenvolviéndole ; del verdugo fue, por error del Rey la cabeza de mi hermano, hé aquí la mia.

Y sacó del saco, asida por los cabellos, la cabeza horrible, ensangrentada, desencajado el semblante del conde de Fuen-Labrada, y la acercó al semblante aterrado del Almirante ; que con sillón y todo, se hizo dos varas atrás de un solo empuje, y luego quedó con los ojos y la boca

desmesuradamente abiertos ; de pie encorvado, con los brazos estendidos y trémulos y las manos crispadas.

X

— No temblábais así, dijo con desprecio Pedro Quirós, cuando el verdugo levantó asida por los cabellos la cabeza de mi hermano, como yo levanto la de su asesino, la del hombre que por su celosa envidia calumnió á mi hermano, y metió entre los papeles del Conde-Duque comprando infames servidores, papeles falsos, que parecian escritos por mi hermano. La del infame asesino con quien íbais á casar mañana á vuestra hija.

Y despues de estas palabras, Pedro Quirós dejó caer sobre la mesa la cabeza que rebotó, que rodó sobre la alfombra.

— Así ruedan las cabezas de los miserables, á quienes mata la justicia, exclamó Pedro Quirós. ¡Paso no á la justicia del Rey, sino á la justicia de Dios!

¿Y sabeis, añadió dando la vuelta á la mesa, acercándose al Almirante y asiéndole con tal furor de un brazo que el Almirante, creyendo llegado su última hora, cayó de rodillas; sabeis porque no os mato frente á frente, espada contra espada, como he matado al Conde, y os corto como á él la cabeza, y con la suya la clavo en una alfangia en el camino real de Granada? Porque sois el padre de Margarita, porque la amo.

— ¡Vos! ¡vos! exclamó el Almirante; ¿que vos amais á mi hija, y mi hija os ama?

Y en una nueva reaccion el indomable viejo se puso de pie.

Por aquella vez, sobreponiéndose á todo, miró frente á frente á Pedro Quirós.

Este sonrió de una manera terrible, con la sonrisa de la venganza.

— ¿Juraríais vos, dijo, que no fue una ilusion de vuestros sentidos, un ensueño de sangre y horror aquel cadáver que mandásteis descabezar en la Plaza de Cadiar al verme, como me estais viendo delante de vos, completamente semejante en cuerpo y en alma, en la mirada y en la voz á D. Juan Venegas, á quien tanto conocíais?

Volvió á vagar de nuevo con una espresion insensata la mirada del Almirante.

— ¿No temeis, continuó el jóven, que yo desesperado, al sentiros cerca y sin poder resistiros vendiese mi alma al diablo porque de vos me salvase, y el diablo contrahiciese mi cadáver, y le diese mi figura, y de una manera tan perfecta que pudiese engañaros? ¿No creis que en todo esto puede haber habido algo de hechiceria?

XI

Se pintó un horror supremo en la mirada, en el gesto del Almirante, y Quirós, que le retenia aun asido por el brazo, le sintió estremecerse de una manera terrible.

— Tranquilizaos, dijo Pedro, nada hay aquí de hechicería, nada de sobrenatural, todo consiste en la admirable semejanza que existia entre mi hermano y yo. Este es todo el misterio. Pero esa semejanza es tal que vos os aterrais y que Margarita me cree su D. Juan. No la desengañeis, nadie se ha atrevido á decirla de qué terrible manera ha perecido D. Juan Venegas; dejadla en su ignorancia, porque si la haceis saber que es el amado de su alma el que ha perecido, no lo

creerá, y si vos la probais que el hecho es cierto, creerá que yo soy un resucitado que el cuento del doble D. Juan Venegas es una ficcion. No, no hagais eso, porque la mataria el horror. No la impidais tampoco que sea mi esposa, porque morirá desesperada. No la encerreis en el claustro porque moriria tambien, si es que yo no podia salvarla, y si Margarita muriese, ¡oh! aunque os protegiera el infierno, aunque os escondierais en las entrañas de la tierra, la venganza que yo tomara de vos seria sin ejemplo, inaudita.

Y despues de estas palabras, Pedró Quirós soltó al Almirante, fué á la mesa, tomó su partida de bautismo, la guardó en su cartera y se dirigió á la ventana.

XII

Entonces antes de que hubiese podido llegar á la ventana Quirós, un hombre, que colgado por la parte de afuera á aquella ventana lo habia oido todo, se deslizó por la reja que debajo de la ventana habia, se deslizó á lo largo de la pared y se replegó disminuyendo su volúmen y ocultándose en la sombra.

Aquel hombre era Barrabás.

XIII

Pedro Quirós montó la ventana, ganó el primer travesaño de la reja, se deslizó al suelo, atravesó

el patio, tropezando en su distraccion con Santiago que aun permanecia sin sentido, ó que mas bien se habia dormido por el esceso de la borra-
chera, antes de volver en sí de su desmayo, llegó á la puerta, la abrió, la encajó de nuevo y salió.



CAPITULO X

UNA HISTORIA DE DESHONRA

I

Apenas habia salido Pedro Quirós cuando Barabás volvió á ganar la reja, trepó por ella, se asió al alfeizar de la ventana y saltó dentro de la cámara.

El Almirante estaba sentado en su sillón á al-

guna distancia de la mesa, echados los brazos sobre un brazo del mueble y sobre sus brazos la cabeza.

Una ráfaga de viento entraba por la ventana y agitaba de tiempo en tiempo sus largos cabellos blancos.

— Quitemos primero del medio lo que repugna, dijo Goliat que al abarcar de una mirada la cámara vió sobre la alfombra á alguna distancia de la mesa la cabeza del Conde, y sobre la mesa el saco ensangrentado que la habia contenido.

Y tornando de sobre la mesa el saco, metió en él la cabeza y ocultó el bulto en un ángulo.

Luego se fué á donde estaba el Almirante, le tocó dulcemente en un brazo y le dijo con la voz serena pero respetuosa :

— Tranquilizaos, señor.

II

El Almirante, que estaba tan dominado por el efecto de la situacion anterior que no habia sentido la presencia de Barrabás en la cámara, se levantó en un movimiento nervioso, miró con espanto á Barrabás é inmediatamente el espanto cesó, reemplazándole una espresion de vivísima estrañeza.

— ¡ Ah ! eres tú, Barrabás, le dijo : ¿ qué haces aqui ? ¿ Cómo has entrado ? ¿ Qué es esto ?

— Una historia muy estraña, señor, contestó el enano, y ya hacia tiempo, mucho tiempo que no me veia V. E. Desde hace dos años, desde que me fui con él á la guerra de Portugal, cuando fuisteis á Cadiar á prender á mi amo yo no estaba allí, habia ido á Lanjaron á cerrar los

ojos á mi pobre madre. Despues he andado por ahi con mi señor rodando, muy cerca de vos ciertamente, pero sin dejarme ver de vos por prudencia, aunque estaba atento por si un dia era necesario deciros : señor, ocultad en el centro de la tierra á vuestra hija, porque si no la poneis donde no pueda estar al alcance de mi amo, va á acontecer una cosa horrible.

— ¿ Y qué cosa horrible puede suceder ?

— Que mi amo robe á doña Margarita, que se dejará robar, y acontezca un incesto.

— ¡ Un incesto ! exclamó el Almirante.

— Si, pardiez, dijo Barrabás.

— Pero, exclamó, alentando apenas el Almirante, ¿ cómo puede ser que D. Juan y mi hija sean hermanos ? Esplicate, vive Dios, esplicate pronto, ó llamo y te hago prender y te despedazo en el tormento hasta que hables.

— En vuestra familia, señor, dijo Barrabás, debe de haber habido algun ascendiente maldito

de Dios, porque hay sobre vos algo de maldición.

— Habla, exclamó con furor reconcentrado el Almirante.

— ¿Dónde estábais vos, señor, dijo el enano, el día seis de enero de mil seiscientos treinta y seis?

— En la Señoría de Venecia con un encargo del Rey mi Señor.

— ¿Cuánto tiempo hacia, y perdonadme que os pregunte, que vos estábais en la Señoría de Venecia?

— Un año.

— Durante todo ese año vuestra esposa, á pretesto de que no podía recibir á nadie estando vos ausente, se encerró á piedra y lodo en la casa que teníais en Granada tocando á la iglesia de San José.

— Eso debe hacer toda dama honesta; mientras su marido está ausente debe considerarse como viuda.

— Y eso hizo doña Maria, pero no fue ciertamente viuda.

— ¿Qué? exclamó el Almirante á quien se le heló la sangre.

— Yo no os haria una revelacion tan terrible si no fuera de todo punto necesario, si vuestra hija no fuera hermana de mi señor.

— Pero esa revelacion infame está hecha, exclamó el Almirante; sí, sí, yo le vi muerto; era él, él, D. Juan Venegas; y el otro, el otro que he visto esta noche... sí, tambien era él.

— Era su hermano bastardo, señor, el capitán Pedro Quirós.

— No, no, exclamó el Almirante, yo no me engaño, era él, su acento, su mirada, una pequeña cicatriz en la parte superior de la frente, le conozco demasiado.

— Un hombre que tiene los ojos azules, dijo sonriendo de una manera acre Barrabás, no puede teñírseles de negro para parecer á otro hombre; yo no puedo añadir á mi cuerpo dos varas

que le faltan para ser un gigante. Pero un hombre bravo como mi señor, puede hacerse una cicatriz para tener lo único que le falta para parecerse á un hermano suyo.

— ¿Y si ese no es D. Juan Venegas, dijo el Almirante asiéndose á una trivialidad, por qué le llamas tu señor?

— Porque es de la familia.

Apareció una espresion de desesperacion en los ojos del Almirante.

Insistió sin embargo.

— ¿Y qué objeto puede haber tenido, dijo, Pedro Quirós para contrahacer la pequeña cicatriz que tenia en lo alto de la frente D. Juan Venegas?

— Oid lo que me ha referido mi segundo señor, ó mejor dicho, la continuacion de mi señor primero. Cuando yo supe la desgracia de D. Juan lloré mucho, mucho, pero ya no tenia remedio. Sin embargo, habia algo que hacer, sacarle de aquella tumba infame y llevarle al panteon de

sus abuelos que está en los subterráneos del castillo de Cadiar.

Pero era necesario que al cuerpo acompañase la cabeza.

La habian puesto esta en el camino real de Granada á las Alpujarras, en el puente de Tablate; cuando yo me resolví á recoger la cabeza de mi señor y á desenterrar su cuerpo y á llevarle al panteon, habian pasado ocho dias desde aquella terrible desgracia.

Salí por la tarde de Cádiar, y me dirigí al camino real al que llegué junto al puente de Tablate, ya muy entrada la noche.

Era esta tempestuosa, y no pasaba un alma por el camino. Los arrieros se habian quedado sin duda en las ventas anteriores por el uno y por el otro lado al puente de Tablate.

Yo estaba en él, pero la oscuridad no me permitia distinguir el palo en cuya punta en una jaula, segun me habian dicho, estaba la cabeza de mi señor.

De repente un relámpago me la dejó ver. Estaba al extremo izquierdo del puente, hácia la parte del camino de Granada.

Me deslicé á lo largo del pretil, pero antes de llegar oí por la parte del camino de Cadiar ruido de pasos de caballos muy sonoros, porque el terreno por aquella parte es peñascoso.

Por el ruido de las pisadas, por lo terrible de la noche, dije yo para mí: estos son los Diez Compadres ; ¿ quiénes sino ellos pueden arrostrar una tormenta tal ?

Y habeis de saber, señor, que esos terribles Diez Compadres tienen muchas guaridas en la Sierra, entre ellas dos ó tres en las Alpujarras y unas veces están por allá y otras veces por acá infestando la Vega.

Nadie los ha visto, porque aquel de quien se dejan ver muere, y aunque yo soy fuerte y sin miedo me aterroré al solo pensamiento de que aquellos Diez Demonios pudiesen tropezar conmigo.

Me encogí, pues, y me pegué al pretil del puente.

Me encontraba muy cerca del lugar en que estaba el palo que sostenia la cabeza de mi señor.

Yo creí que pasarían de largo, pero no fue así, porque al llegar á la estremidad del puente se detuvieron.

Entonces oí una voz que me puso los cabellos de punta.

Era la voz de mi señor.

¡Cómo, dije, la cabeza de mi señor habla separada del tronco!

— Pero en tal caso la cabeza de mi señor no podía decir lo que aquella voz decia, que era lo siguiente :

— A ver, que suba uno y quite de ese palo infame la cabeza de ese desgraciado.

— ¿Y por qué dijo desgraciado y no hermano? saltó el Almirante.

— Hermano dijo, exclamó vivamente Barrabás,

ha sido una equivocacion mia al decir desgraciado.

— Mientras uno de aquellos hombres desmontaba y subia por el palo arriba, uno de los Diez Compadres habia echado pie á tierra, hizo un movimiento y tan cerca de mí estaba que tropezó conmigo.

— ¡ Hé! ¿qué es esto? dijo; ¿quién está aqui?

Y estendió las manos y me asió.

Fácil me hubiera sido coger aquel hombre por la cintura y arrojarle por cima de mi cabeza al Guadalfeo, que pasaba rebramando por debajo del puente acrecido por la tormenta; pero estaba allí mi amo, yo no tenia duda de ello, y yo no tenia nada que temer de los Diez Compadres, por que mi amo les mandaba y ellos obedecian.

— Yo soy Barrabás, dije, y el Señor Comendador, D. Juan Venegas, me conoce demasiado, como que es mi amo,

— ¿Quién es ese que dice que es criado del Comendador D. Juan Venegas? dijo aquella voz que era exactamente igual á la de mi señor.

— Yo, vuestro fiel criado Barrabás, contesté; yo no sé cómo estais vivo, pero no tengo duda de que sois vos, señor.

Entonces la voz dijo :

— Ven acá, que en cuanto hayamos quitado de aquí la cabeza de mi hermano, nos esplicaremos y nos entenderemos.

Yo me acerqué á donde sonaba la voz.

Una mano suave y bien formada, una mano de caballero, como las de mi señor, asió la enorme y áspera mia.

— ¡Diablo ! tú eres un gigante, dijo aquel caballero que no era mi señor, puesto que no me conocia. ¿A qué fin estás tan encorvado que casi tocas con las manos al suelo? ponte de pie.

— De pie y bien derecho estoy, señor, le contesté, porque yo soy un gigante muy corto.

En fin, señor Almirante, para no perder tiempo, dos horas despues estaba yo en una cueva de la Rambla de la Sangre, al lado de un buen fuego, frente á frente de un caballero que era la imagen de mi señor.

Entonces me convencí de que no era él.

En primer lugar no me conocia.

En segundo le faltaba la cicatriz.

Por lo demás, la semejanza era perfecta.

El señor Pedro Quirós me contó una historia, cuyo solo recuerdo me pone todavía de punta los cabellos.

Esto es, que aquel jóven que tanto se parecia á mi señor y á su padre el Señor Don Pedro Venegas, era hijo de este y de vuestra esposa, señor Almirante.

III

Se inyectaron de sangre los ojos de este ; pasó por ellos una espresion de cólera sombría, de despecho, de rabia, y luego dijo :

— Bien : apuremos el horror de esta noche de Satanás. Cuenta, revélame la infamia de una mujer á quien yo he llorado cuando la he perdido con todas las lágrimas de mi corazon.

— ¡ Las mujeres ! ¡ las mujeres ! dijo el enano, en cuya mirada, en cuyo semblante habia algo de insensatez, algo de delirio : ¡ oh ! ¡ las mujeres son los hermosos demonios que Dios ha enviado para castigar la soberbia del hombre !

Y mientras decia esto, sacaba de debajo de la hopalanda que le envolvía una negra cartera y de

ella algunas cartas, que entregó al Almirante.

Este reconoció estremeciéndose la escritura de su esposa.

Aquellas cartas no eran á un amante, sino á un servidor: pero encerraban la prueba de un adulterio.

« Barrabás, decia la primera de aquellas cartas: estoy desesperada; tu señor no ha querido decirme nunca dónde está nuestro hijo, y cuando tu señor ha muerto, cuando no me queda mas esperanza que tú, me dices que no lo sabes; que ese secreto pertenecia á tu señor y que cuando murió no te lo ha revelado; tú me engañas, Barrabás; tú te llevaste á esa desgraciada criatura la noche menguada en que yo la di á luz; pero me dices que inmediatamente partiste con tu señor para Italia, y que cuando volviste, no pudiste encontrar el rastro de mi hijo; yo estoy aterrada... supongo cosas horribles: ¿qué hiciste de él?

El Almirante mientras leia esta carta, se iba poniendo lívido, despues negro: por último, su

cabeza cayó de golpe sobre la mesa, como si le hubiera herido un rayo.

— ¡Ah! ¡miserable de mí! ¡imprudente! he apretado demasiado ese viejo corazon y se ha roto, exclamó el terrible Barrabás, que habia tomado su espresion : la apariencia de un monstruo humano : ¡ah! Margarita tiene ya veinticuatro años, saldrá del convento, poseerá su herencia, será suya... y yo... yo... sentiré todos los tormentos del infierno. ¡Ah! ¡no! ¡le mataré! ¡matarlo! El terrible Barrabás se detiene cuando él le mira: se convierte en una criatura débil como un niño: ¡ah! si este viejo no hubiera muerto... es poderoso, es terrible, priva con el rey... lo mataria... ¡ah! ¡yo estoy loco, loco!...

Y se abalanzó al Almirante, le levantó la cabeza y lo examinó.

El Almirante respiraba y sudaba copiosamente.

Pero tenia las manos heladas.

Estaba inmóvil.

— ¡Ah! un ataque de sangre á la cabeza,

dijo Barrabás! ¡oh! ¡es necesario no perder tiempo!

Y desnudando su puñal, rompió una vena de la mano derecha al Almirante.

Luego fué á una puerta y golpeó sobre ella fuertemente.

Nadie acudió.

— ¡Ah! están muy lejos, dijo Barrabás.

Y penetró mas adentro, y golpeó sobre otra puerta.

Entonces se oyó la voz de un hombre que esclamaba :

— ¡Qué es eso! ¡quién anda ahí!

— Venid, venid, dijo Barrabás; vuestro señor se muere: socorredlo.

Y sin perder tiempo Barrabás, volvió á entrar en la cámara del Almirante, recogió la carta que estaba sobre la mesa, de debajo del sillón la cabeza del Conde de Fuen-Labrada, y por la ventana saltó al patio, le atravesó, entró en la taberna por

su parte interior, salió por la otra puerta, y dió á correr por el camino.

Muy pronto llegó, trepando con una rapidez espantosa por la áspera vertiente al lugar donde habia dejado el buen caballo de Pedro Quirós.

Arrojó en el jaral la cabeza del Conde, y antes de montar á caballo escuchó.

No percibió nada.

Quirós habia recogido sin duda de nuevo su caballo y habia escapado.

¿A dónde habia ido?

Barrabás no lo sabia.

No podia adivinar la órden que el jóven habia dado á Capuchin.

No sabia mas sino que los Diez debian esperar órdenes á las Alpujarras á la Cruz de la Rambla de la Sangre.

— Y bien, dijo, Doña Margarita ha sido llevada hoy á Granada y encerrada en el convento de Santa Isabel la Real, á donde está el cebo va el lobo.

Acerquémonos á Doña Margarita y nos habremos acercado á mi señor.

Y dicho esto, montó á caballo, se metió por entre las quebraduras y desapareció.

CAPITULO XI

COBRA BUENA FAMA Y ÉCHATE A DORMIR

I

El ayuda de cámara á quien habia despertado Barrabás, acudió á la cámara del Almirante y le encontró sin sentido arrojando sangre de la mano derecha por la vena que le habia roto con su puñal Barrabás.

En un momento, fue puesta en alarma la casa.

Toda la servidumbre del Almirante acudió.

El mayordomo, que era un viejo que habia nacido en la casa, empezó á dictar apresuradamente órdenes.

Antes que todo, se envió á Moclin, y á Pinos de la Puente, y á Yllora por los médicos titulares de estas tres villas.

Los criados encargados de traerlos fueron á caballo con otro de la brida para el médico.

Se atajó la sangre como se pudo al Almirante y se le colocó en el lecho.

Al mismo tiempo se hizo un reconocimiento.

La ventana de la cámara del Almirante estaba abierta.

Indudablemente por ella habia entrado la persona que habia puesto al Almirante en tal estado.

No sabemos qué efecto hubiera causado en la

servidumbre el encuentro de la cabeza del Conde de Fuen-Labrada y de las cartas terribles que revelaban la deshonra de la esposa del Almirante y la suya propia, si Barrabás no hubiera cuidado de llevarse aquellos terribles objetos.

Pero se encontró en el patio á Santiago, no desmayado, sino dormido, porque como nosotros habiamos supuesto, al volver del letargo de su desmayo, habia caido en el letargo de la borrachera.

Encontróse otros encajados no mas, descorridos los cerrojos del porton principal y forzadas de una manera terrible, y como por un solo y violento empuje cada una, la puerta interior y exterior de la taberna.

Los mendigos de la hospederia y los criados que dormian en aquel local para aprestar una previsorá vigilancia, fueron despertados y declararon que nada habian oido.

En cuanto á Santiago, hablaba de diablos y de brujas, y de duendes, y se tentaba el abdómen diciéndo que tenia aquí dentro una legion de dia-

blos, lo cual no era otra cosa que la irritacion que le causaba la enorme cantidad de vino que habia bebido á causa de la grande conmocion que habia experimentado.

A Santiago no habia quien le convenciera de que el diablo no habia estado allí aquella noche, sino hombres de carne y hueso que habian entrado por una puerta que se habia quedado abierta, de lo cual era responsable Santiago, y que habian forzado las dos de la taberna, de lo cual no era responsable nadie, porque nadie en la taberna se quedaba.

— Pues yo afirmo, decia Santiago barbotando sus palabras que eran casi ininteligibles á causa de su embriaguez, que solamente el diablo puede correr por fuera unos cerrojos que están corridos por dentro. Y el que diga que no corri los cerrojos antes de acostarme, miente como un bellaco, y no quiero yo que le den mas castigo de su bellaqueria que el que se encontrase como yo me he encontrado, con un muerto en las espaldas que

me tiraba del fondillo de los calzones; y que no diga ningun mal nacido que yo estoy borracho, que lo que á mi me sucede es el resultado naturalísimo de haberme tratado con almas del otro mundo.

Y no sabemos cuando hubiera terminado Santiago, porque de improviso un terrible vómito le cortó la palabra.

La mitad de la bodega del Almirante, por lo menos, se le habia salido por la boca.

— A ver como se le pega una paliza á ese picaro, dijo el mayordomo, para acabarle de ahuyentar la mona, y manténgasele preso para que dé cuenta cierta á la justicia de las desgracias que han acontecido aquí esta noche.

II

No lo dijo el mayordomo á sordos ni á mancos.

Y apenas lo hubo acabado de decir, cuando irritados los cuatro ó seis criados que allí estaban á causa del descuido de Santiago, que les habian turbado en lo mejor del sueño, cargaron sobre él á mojicones y puntapiés, y lo pusieron en la cama con un formidable acompañamiento de alaridos que el paciente lanzaba.

Creciendo el recelo, y no sabiéndose de dónde provenia aquello, los mendigos y hampones que paraban en la hospedería, fueron echados en medio del camino.

Y algunos que se insolentaban, zurrados.

Se constituyó una guardia al rededor de las ha-

bitaciones de la casería y se procedió á un registro minucioso.

III

— ¿Quién ha hecho esto? decia lleno de confusiones el mayordomo; los Diez andaban por ahí; pero si esta fuera cosa de los Diez, hubieran robado é incendiado la casa y no han robado nada; todo está en orden. Lo único que hay desordenado es mi señor y Santiago.

¿Y no pudiera suceder que hubieran robado? nadie lo estrañaria, y á mí me parece que sí que han robado.

Y el mayordomo que se encontraba entonces solo en una habitacion en donde habia muchos cofres, se acercó á uno cuyo contenido conocia bien, levantó con su puñal la cerradura y dijo:

— ¿No lo decia yo? ¡Vaya si han robado! ¡Vea V. aquí forzada la cerradura! Y los bribones sabian bien á donde venian, al cofre de las alhajas.

Y el mayordomo se metia estuches y cajas en los bolsillos y entre la ropilla y la camisa.

Y escapaba evitando ser visto, y se subia á un desvan y ocultaba aquello debajo una tabla, y volvía y tornaba á volver, observando si le veía alguno.

Y cuando ya el cofre hubo quedado vacío, apareció de nuevo entre los criados que hacían por otra parte el registro.

Y se encontró con que en otras habitaciones había cofres y armarios forzados.

Y faltaba vajilla, y se echaban de menos magníficos trajes de corte y objetos que valían mucho.

— Nada, nada; decia el mayordomo á voces para que todo el mundo lo oyera; por aquí han andado los Diez.

Y habia algun tuno de criado que decia :

— Perdone vuestra merced, que yo creo que los que han andado por aquí han sido los veinte, señor Mendo.

— O los mismísimos demonios, exclamó el mayordomo; la verdad es que han abierto una brecha en la casa, que no se tapa con cien mil ducados. Vamos, vamos á donde habia las cosas mas ricas, que me temo que el picotazo y la garfada hayan sido, no de águila real, sino realísimas.

Y se entró en el cuarto; habian desvalijado un cofre.

Pero al entrar se detuvo, abrió mucho los ojos y la boca y se quedó con un pie en alto.

No era ya un cofre lo que habia vacío y forzado, sino tres.

— ¡ Cáscaras ! dijo el señor Mendo; pues esto es lo que se llama lijereza; entre bobos anda el juego. Pues ya son á lo menos trescientos mil du-

cados. ¡ Santa Bárbara y Santa Mónica ! ¿ y quién se fia ya de quién ? Y es verdad ; no han sido los Diez ni los veinte, sino los ciento. ¡ Alto ! y á cerrar todas las puertas, y basta ya... dijo, basta de registros ; y todos quietos donde yo los vea ; que puede ser que crea alguno que nos hemos pringado los dedos ; y esto es muy delicado y muy grave y dejemos á la justicia que averigüe.

IV

El señor Mendo metió á todos los criados en la antecámara del Almirante, cerró las puertas con llave, las guardó en su bolsillo, se metió en el interior, se descolgó á la vuelta por una ventana, se fué al desvan y empezó á trasegar las alhajas que habia robado, al huerto, donde las enterró.

Empezaba á puntar el alba, se distinguia ya algo.

Y el mayordomo notó que andaban tambien algunos bultos por el huerto.

— Cada cual á su negocio, dijo; yo los encerré, pero no cerré las ventanas ; mejor es así; así la justicia les colgará el mochuelo á los Diez Compadres : ¿y qué son cuatrocientos ó quinientos mil ducados para un hombre tan poderoso como el Almirante?

Y cuando se hubieron ido los bultos, salió de detrás de un árbol, avanzó recatadamente, trepó por la ventana por donde se habia descolgado, y se fué á la cámara de su amo, donde cuidando de él, habia cuatro criados que no habian podido aprovecharse de nada.

V

Empezaba á amanecer, cuando llegaron los tres médicos, acompañados de las tres justicias de los pueblos á que pertenecian, porque los mensajeros habian contado lo que habia pasado en la quinta y los médicos habian dado parte á los alcaldes.

Tres alcaldes, pues, estaban en persona, armados de sus varas y de sus alguaciles en la casa del Almirante.

Pero el alcalde de la jurisdiccion, esto es, el alcalde de Moclin, venia á ser el presidente, por esta causa, de aquel triunvirato municipal.

El de Pinos de la Puente estaba escandalizado.

Como que pertenecia á su jurisdiccion el lugar del camino de Málaga donde se habia robado el convoy, y la Venta Quemada donde se habia asesinado á un hombre á quien no se conocia, porque se le habia encontrado sin cabeza y sin equipaje y sin criados, porque estos habian huido, pero al que se creia muy caballero por su traje.

Hay circunstancias en que el municipio que participa mucho de las pasiones populares, se sobrepone á todo otro poder y le apostrofa.

Al alcalde de Pinos de la Puente, se le salió del pecho toda la verdad y dijo sin poderse contener, cuando vió que tambien la caseria habia sido grandemente robada, lo que sin aquel motivo no se hubiera atrevido á decir, sino para sus adentros.

— El rey no tiene vergüenza ; y como á Su Majestad no le puede suceder estos trabajos, le importa tres pitos que á sus buenos vasallos les degüellen ó no, y eso clama al cielo. ¿ Pues qué hacen los ejércitos de Su Majestad, que no vienen á buscar y á matar á esos malhechores que nos tienen metidos en un puño ? ¿ Quién quiere Rey, cuando en sus reinos pasan estas cosas y los vecinos honrados no pueden dormir tranquilos en sus casas ? Pero en fin, Dios no duerme y su caña es muy larga, y no hay cabeza por alta que sea, que esté libre de que Dios la hiera. A ver, señor Pedraguera, si ahí os poneis á estender la noticia de todo lo que ha sucedido en breves y compendiosas razones, para que cuanto antes pueda montarse en un macho un alguacil y llevar el papel al señor Presidente de la Chancillería de Granada, para que con sus poderosas manos nos quite de encima este negocio que nos está aplastando.

— Oid, señor Puñohueco, dijo el alcalde de



Moclin al de Pinos de la Puente; vuestro secretario dará en buena hora parte al señor Presidente de la Chancillería, de la cosa de cerca del camino y de la Venta Quemada que está en vuestra jurisdiccion; pero todo lo demás sucedido en la mia, yo no consiento que nadie me cercene mi autoridad.

— Poco á poco, señor Canseco, que no todo lo que ha sucedido está en la jurisdiccion de Pinos de la Puente ni en la jurisdiccion de Moclin, que tambien en la de Yllora, que es la mia, donde está la Rambla Negra, un peaton que pasaba y que me ha dado parte que ha encontrado tres coches de camino ardiendo, y muchas mulas con atalaje las unas, y aparejo las otras; y de eso daré yo parte.

— No hay por qué incomodarse, señor Canseco y señor Carcamueso, dijo el señor Puñohueco, alcalde de Pinos de la Puente, que cada uno dará

parte de lo suyo ; y así haremos mas fuerza al señor Presidente de la Chancillería, porque seremos tres justicias en vez de una, y así puede ser que nos dejen dormir los partes, que saben vuestras mercedes lo que se usa ; que cuando de allá envían un alcalde pedáneo con tres escopeteros y medio, han tenido los malhechores tiempo de hacer otras cincuenta y cinco mil fechorias y de largarse á Mozambique donde no se les pueden echar mano. En fin, corriente, se llama vivir á la ventura de Dios : y luego pague vuesa merced tributo, y si se tarda dos dias, á la cárcel y si los vecinos robados no pueden pagar, el alcalde paga, y si no paga le rompen la vara en las costillas y le echan á galeras por ladron.

¡ Uf ! esto es ahogarse ; así no se puede vivir.

— Calcule vuesa merced, dijo Mendo el mayordomo, si estamos bien ; que por lo que yo he visto

por encima, á lo menos le han quitado á mi señor quinientos mil ducados; y luego, ¿cómo le han dejado al pobre? que dicen los médicos que acaban de hablar con él, que lo mas cierto será que lo lie. ¡ Los Diez señores! ¡ esos protervos Diez Compadres, que se van á tragar hasta la buena tierra de Andalucía!

— Cállese y no interrumpa á los secretarios, dijo el señor Puñohueco que llevaba la batuta; y nada le importa lo que ha sucedido, puesto que es un hombre de bien y calificado en su lealtad á su señor.

VI

Una hora despues, tres alguaciles juntos en un grupo compuesto de seis animales, sostenian

el trote cochinero de sus mulas en direccion á Granada, armados de los partes de las tres jurisdicciones respectivas.

En fin, á las doce del dia, llegó á los lugares de los crímenes un tremendo alcalde de casa y córte con su seccion de alguaciles y secretarios y un centenar de escopeteros.

Pero no se pudo dar con los *bandidos*, ó mejor dicho, se les buscó muy mal de *exprofeso*, porque todos temian encontrarse con ellos.

Los Diez Compadres habian dominado literalmente la Alta Andalucia.

Todo lo que en ella acontecia de terrible, se les atribuia.

Cuando un peaton, obligado por la necesidad, hacia su camino de noche, la sombra de un peñasco le hacia retroceder.

Se le figuraba tener ante sí á uno de los Diez Compadres.

Y á la sombra de estos, vivían los pequeños bandidos aislados como el lince á la sombra del tigre.

CAPITULO XII

EN QUE DESPUES DE ÔTRAS VARIAS COSAS SE DEMUESTRA QUE
HAY REHABILITACIONES QUE SON SARCASMOS

El estado del Almirante era grave.

Tan grave, que el Presidente de la Chancillería, que era no menos que el arzobispo de Granada, no se creyó dispensado de ir á visitarle.

De la misma manera fueron cuantas personas

notables habia en la ciudad, tanto en la nobleza como en la milicia y en los cargos públicos.

El asunto habia causado gravísimo escándalo.

Pregones y pregones se habian repetido, poniendo un alto precio á cada una de las cabezas de los Diez Compadres, y llegándose á ofrecer por la de su capitan Pedro Quirós, hasta veinte mil ducados, suma que jamás se habia puesto por precio á la cabeza de un bandido.

Todas las justicias del reino de Granada habian sido escitadas.

Se habia elevado por la Real Chancillería de Granada una queja respetuosa, pero enérgica, al Rey.

Nada aprovechaba.

Los bandidos seguian haciendo de las suyas.

A cada paso, se encontraban cadáveres en los barrancos, en los desfiladeros, en los caminos reales.

Los pobres que se sentían con corazón, ebrios de codicia por el cebo de la recompensa, se metían en la Sierra, por acá, por allá, la desentrañaban, se revolvían.

Los que no iban por las Alpujarras, volvían cansados y hambrientos á sus hogares sin haber encontrado nada.

Los que se metían en las ásperas y peligrosas accidentaciones de la Sierra no volvían, sino en hombros de los montañeses que los encontraban muertos, despedazados, mutilados.

Indudablemente los Diez estaban en las Alpujarras.

Esto se conocía como se conoce el lugar donde se oculta el cubil del león, por las víctimas que se encuentran.

Pero nadie se atrevió á los quince días, ni aun á pasar por los lugares siniestros de aquella demarcación terrible.

Lo montañoso, lo insuperable del terreno, hacia de los Diez un ejército.

Esta era una estrategia que favorecía á Pedro Quirós.

Nadie podía suponer que aquel monstruoso salteador, tan perseguido, cuya cabeza habia sido valuada en tanto, viviese dentro de la misma ciudad gobernada por la Chancillería que mandaba matarle á alto precio.

I

A Pedro Quirós no le conocía bajo este nombre nadie.

Le hubieran conocido muchas personas, y de las principales, como D. Juan Venegas si se hu-

biera presentado en público con el rostro descubierto.

Pero Quirós no salia nunca mas que de noche á alta hora.

Rebozado en la capa y echado un antifaz sobre el rostro.

Capuchin y Mari-Perez le servian.

Era imposible dar con él.

III

Volvamos al Almirante.

Durante muchos dias, se creyó dudoso salvarle.

Y durante algunos otros, permaneció sin tener conciencia de sí mismo.

Al fin, cuando un rayo de razon iluminó su pensamiento, recordó de una manera vaga todo lo que por él habia pasado ; sus palabras sordas que repetia, dominado todavía por la fiebre, aparecian como el resultado de un delirio terrible para los que cuidaban de él.

Aquellas palabras eran entrecortadas, aisladas, misteriosas.

Muchas veces, entre aquellas palabras sonaban las de deshonra, adulterio, incesto.

Esto espantaba á los testigos de aquel delirio.

Nadie habia supuesto jamás, que ni aun en sueños pudiera el Almirante pronunciar aquellas palabras refiriéndose á su familia.

— Pues qué, ¿ no sabian todos los viejos amigos, toda la servidumbre del Almirante, que su esposa habia sido una dama sin tacha, una pura, honrada y santa mujer ? ¿ No sabian todos que un amor de las entrañas habia refundido en uno al Almirante y á Doña María, su esposa ?

¿Cómo añadir las palabras *adulterio* y *deshonra* á la historia del Almirante?

¿Cómo comprender aquella triple palabra, incesto, si el Almirante no habia tenido mas hijos que la hermosísima Doña Margarita, un ángel de Dios?

¿Pero por qué habia sido encerrada en un convento la jóven el dia antes de aquel inmenso crimen que habia sorprendido y alterado la opinion pública?

¿Por qué uno de los detalles monstruosos, era el tronco sin cabeza del conde de Fuen-
Labrada, encontrado en una venta, del hombre destinado á ser esposo de Doña Margarita por la incontrastable voluntad del Almirante?

Se esplicaba lo del convento, por la resistencia de la jóven á casarse, porque sabia todo el mundo que la hija del Almirante habia adorado al sin ventura comendador de Ubeda, D. Juan Venegas, señor de Cadiar, cuyo casamiento con doña Mar-

garita habia sido formalmente convenido, convenio que no se habia roto, sino por la mancha de traicion, que con asombro de todos los que le conocian, habia caido sobre D. Juan Venegas.

IV

Pero esta infamia que habia enlutado el ilustre nombre de los Venegas, podia natural y lógicamente romper un contrato de matrimonio, tanto mas habiendo sobrevenido la muerte de D. Juan, pero no podia matar la pasion que habia unido las almas de Margarita y Don Juan.

Esto esplicaba suficientemente la reclusion de la jóven por su severo padre en un convento.

¿Pero, cómo se esplicaba que aquel hombre en

favor del cual habia comprometido su palabra el Almirante, esto es, el Conde de Fuen-Labrada, hubiese sido tan bárbaramente asesinado y decapitado cuatro leguas antes de llegar á la morada de su prometida, á la que, segun declaracion de los criados, llevaba un magnífico presente de boda.

El Conde no habia resistido.

Esto se probaba.

La Venta Quemada habia sido sorprendida de una manera valerosa.

A nadie se habia hecho daño, á nadie mas que al Conde.

Y este, no habia sido asesinado ; tenia junto á si su espada desnuda, y segun el juicio de los doctores de la esgrima, atendida la posicion del cadáver y la situacion de la espada, se deducia que aquella espada habia sido arrancada de la

mano por un desarme violento, lo que se corroboraba por la declaracion de los médicos que habian encontrado en la mano derecha del Conde, en la articulacion, lesiones que demostraban la accion de una fuerte violencia.

El desarme estaba probado por la ciencia y por el arte.

La medicina y la esgrima habian hablado.

No se podia tener duda ; luego el Conde se habia defendido y habia sido vencido frente á frente.

¿ Qué significaba esto ?

V

Se veía una personalidad. ¿Qué personalidad podía existir entre el Conde de Fuen-Labrada y el terrible capitán de los Diez Compadres?

¿Cuál era la relación que se entrevía entre el encierro de Doña Margarita y la decapitación de un esposo elegido por el padre, cuando estaba próximo á llegar á la casería del Almirante.

De Pedro Quirós se contaban extrañas leyendas.

No le conocía nadie mas que por sus hechos.

Y estos eran tales ; le habían dado tal fama que todo lo que se contaba de él se creía.

¿Se habria enamorado Doña Margarita de aquel misterioso y célebre bandido?

¿Y cómo, si era cierta su pasion mortal por el difunto y desventurado Don Juan Venegas?

Esto no era verosímil, mas que apelando á los estraños caprichos de la mujer.

Esta suposicion hubiera envilecido á Margarita.

Y como Margarita era hermosa y buena y caritativa, nadie queria envilecerla.

La opinion y las simpatías públicas estaban de su parte.

A nadie se le ocurría que Pedro Quirós y Don Juan Venegas fuesen el mismo, ó que á lo menos lo pareciesen.

Crecia pues el misterio, y con el misterio el escándalo.

V I

El Rey habia dado al fin señales de vida respecto á las críticas circunstancias en que los Diez Compadres habian puesto á los habitantes de la Alta Andalucía.

Su Majestad habia enviado un tercio de infantes al capitan general de reino y costa de Granada, para que le pusiese á disposicion del Presidente de la Chancillería con objeto de lograr el estermio de aquellos facinerosos.

Al mismo tiempo el Presidente, esto es, el arzobispo, — que entonces un obispo podia ser Presidente de un cuerpo de oidores y de alcaldes del crimen, que tenia en sus manos la justicia,

esto es, la honra, la hacienda y la vida de los buenos vasallos del señor Rey, — el Presidente, decimos, habia recibido un grueso pliego de Su Majestad, que contenia todo un proceso.

Aquel proceso era (lo que vió con sorpresa el Presidente), la rehabilitacion completa del calumniado comendador de Ubeda, de la Orden de Santiago, Don Juan Venegas, Señor de Cadiar.

Por aquel proceso instruido á instancias de poderosos parientes de la víctima que llevaban su apellido y sobre los cuales caia la deshonra que habia envilecido aquel apellido ilustre, resultaba :

Primero. Que D. Juan Venegas habia sido sentenciado por el Rey y declarado traidor con todas las consecuencias, en vista de dos cartas tenidas indudablemente por de D. Juan, que se habian encontrado entre los papeles del Conde-Duque de Olivares.

Segundo. Que aquellas cartas habian sido declaradas como auténticas por los maestros peritos, á cuyo exámen se las habia sometido.

Tercero. Que el Rey, en vista de esto y oyendo á su Consejo de Estado, habia pronunciado la sentencia que habia caido sobre D. Juan Venegas.

Cuarto. Que habiendo recurrido los parientes de Don Juan Venegas al Rey en recurso de ampliacion de prueba, prometiendo presentarla tal que la buena y limpia fama del Don Juan Venegas fuese restablecida, se habia admitido su recurso por benevolencia de S. M. y por satisfacer á una familia ilustre que habia hecho grandes servicios á Dios, al Rey y á la patria.

Quinto. Que una vez admitido el recurso, Don Gaspar Venegas, Marqués de Santorcaz, primo hermano de Don Juan Venegas, habia presentado una esposicion en queja contra Don Pedro Zaragoza, Conde de Fuen-Labrada, difunto, acusándole de haber mandado falsificar la escritura de su primo hermano y contrahacer unas cartas de que resultaba la traicion, cuyas cartas, valiéndose de uno de los secretarios que habian intervenido en

el secuestro de los papeles del Conde Duque, antes de que estos fuesen examinados, habian sido colocadas entre ellas.

Sesto. Hecha en justicia la informacion correspondiente, resulta : (aquí todo el fárrago de declaraciones, de diligencias, de trámites, un laberinto en fin, al fin del cual, y sirviendo de hilo de Ariadna la justicia y el buen deseo á la vez, sellegó al fin á la prueba plena de que Don Pedro Zaragoza habia alevosamente preparado una falsa prueba para perder á Don Juan Venegas, siendo el móvil de este delito del Conde de Fuen-Labrada el amor que tenia á la hija del señor Almirante de Castilla, con la cual estaba tratando de casar Don Juan Venegas.)

Venia despues la rehabilitacion en forma de Don Juan Venegas, y otrosí, la condenacion sobre el nombre, ya que no podia ser sobre la persona, del Conde de Fuen-Labrada, cuyos bienes se confiscaban destinando una tercera parte de ellos á

satisfacciones de daños y perjuicios en favor de los herederos de Don Juan Venegas ; la otra parte para penas de cámara, y la tercera para la Real Hacienda.

Todo lo cual se mandaba cumplir y ejecutar estrictamente y sin levantar mano al presidente de la Real Chancillería de Granada. La rehabilitación en justicia estaba hecha ; el Rey arrojaba de su conciencia un peso.

Pero no podía levantar de su tumba á la víctima.

CAPITULO XIII

EN QUE SE HABLA DE PEDRO QUIROS Y DE MARGARITA ENRIQUEZ

I

El convento de Santa Isabel la Real de Granada, fundado por los Reyes Católicos en lo alto del Albaicín, en el extremo superior de la calle de María la Miel, es un gran edificio colocado entre un estenso atrio y un mucho mas estenso jardín.

Por la parte de Poniente, el límite de este monasterio era una tortuosa callejuela que se estienda á lo largo del grueso y macizo muro romano del castillo de Hins-al-Roman, cuyos muros grises, cuyas torres redondas, cubiertos en parte de una espléndida tapicería de yedra, dominan la agria cuesta de Alacaba que va á terminar en la Plaza larga, en el centro del Albaicin.

En esta parte, continuando por el muro, constituye lo que se llama la Alcazaba-Kadima, en un ángulo de la cual, y siendo una de las entradas de la plaza, se ve la Puerta Nueva.

Pasando esta puerta, atravesando un estrecho callejon de muros rojizos, torciendo á la derecha y adelantando sobre un espacio descubierto, cuyo pavimento es el casquijo causado por las demoliciones que ha hecho el tiempo, se llega á un laberinto de callejuelas que son por aquella parte la del Norte el límite del convento de Santa Isabel la Real.

II

En una de estas callejuelas, en la del Sauco, estrecha, lóbrega, dejando ver en sus dos flancos que casi se tocan casas viejísimas, habia una mas vieja que sus compañeras, mas grande y mas alta.

A esta casa, que era sombría y tétrica por la parte de la fachada á causa de lo mezquino de la callejuela, se la llamaba por los vecinos por una tradicion inmemorial, y con no sabemos cuánto atrevimiento, Palacio.

Pero no habia quien dijese á qué Rey, Príncipe ó Magnate habia pertenecido aquel palacio.

A juzgar por deducciones arqueológicas, contando con los ricos restos de ornamentacion ára-

be que aparecian en el exterior y mucho mas en el interior, aquella casa ó palacio debia haber sido parte en lo antiguo de la magnífica morada de Aixa la Horra, madre de Boadil, edificado en el lugar que ocupó allá en tiempos remotos el palacio de Aben-Habuz ó del Gallo de Viento.

III

Esta casa, que por la parte del Mediodia tenia un jardin delicioso, era muy alegre por dentro.

Sobre el jardin daba una magnífica galería alta y baja, y á aquella galería, en la parte superior y en la inferior, correspondian dos hermosos salones árabes que justificaban el nombre de palacio que se daba á la casa, y que nadie le hubiera dado

á juzgar por la fachada que correspondia á la callejuela del Sauco.

IV

Habia avanzado la estacion y empezaba á sentirse el calor sofocante del verano de Andalucía.

El sol se habia puesto.

Una luz lánguida, esa luz poética de la tarde que solo se encuentra en la Alta Andalucía, en Granada, hacia aparecer con una entonacion dulce, con un efecto melancólico, los frondosos árboles frutales y el chorro de agua que de un caño de barro vidriado caia sobre una grande alberca, aumentaba con su rumor monótono y continuo esta melancolía.

V

Un hombre, un jóven vestido á lo bravo y á lo hidalgo á un tiempo, pálido, sombrío y meditabundo, estaba sentado en un banco de madera en el jardin cerca de la alberca y al pie de un viejo y hermosísimo laurel.

Este jóven era Pedro Quirós.

Nadie podia verle.

El jardin no estaba dominado por ninguna de las casas vecinas.

Le dominaba solo una torrecilla cuadrada del gusto árabe, adornada de azulejos, con una pequeña cubierta cuadrada, de tejas vidriadas de colores, en cuyo vértice habia clavada una cruz.

Aquella torre, que á nada se parecia tanto como á un delicado minarete morisco, era la torre del convento de Santa Isabel la Real.

Pero en los arcos en que habia pequeñas campanas, se habian avanzado para dejar espacio bastante para que las campanas volteasen unas especies de jaulas de espesas celosías.

De manera que los de afuera no podian ver á la monja novicia ó educanda que al arco de una campana se asomase.

Pero desde allí podia verse, á través de las celosías, el jardin de que hemos hablado, el atrio del convento y algunos trozos de callejuela y una extension inmensa de tejados.

Es decir que Pedro Quirós no podia ser observado mas que desde la torre del convento, y hay que hacer la justicia á las monjas de que nunca han pertenecido á la policia.

Les basta con observarse las unas á las otras.

VI

Sin embargo, aunque las buenas madres habian observado que Margarita Enriquez subia con suma frecuencia á la torre y se pasaba en ella, como suele decirse, las horas muertas, no habian deducido otra cosa sino que Margarita gustaba de la buena vista que desde la torre se alcanzaba, de la perspectiva de la ciudad que descendia desde el anfiteatro hasta la Vega, de la pintoresca estension de esta, y de su horizonte azul y accidentado de montaña.

VII

Pero aunque esta perspectiva era magnífica, aunque se veían desde allí á la izquierda la incomparable Alhambra, á la derecha el pintoresco Cerro de San Cristóbal con su iglesia y sus viejísimos muros y mas allá la bella y poética Sierra Elvira, la de las romancescas tradiciones, no era por nada de esto por lo que subía á la torre Margarita, ni nada de esto la debía, por hermoso que fuese, ni una sola mirada.

Margarita se iba al arco de campana que correspondía al Norte, y á través de la celosía miraba de arriba á bajo á un espacio situado casi al pie de la torre, al jardín del palacio de la calle del Sauco.

Y cuando Margarita miraba al jardin no veia mas que un solo punto de él, una persona que estaba sentada en un banco de madera al pie de un laurel.

Esta persona, ya lo hemos dicho, era Pedro Quirós.

La puesta del sol era la hora de cita para los dos amantes.

Pedro Quirós, que se pasaba el dia durmiendo, porque no atreviéndose á salir á la calle no tenia otra cosa mejor que hacer ; se levantaba media hora antes de que el sol se pusiese, arreglaba un poco su traje y sus cabellos, como quien va á presentarse á la mujer que ama, se salia al jardin, se sentaba en el banco, y permanecia con la cabeza inclinada, pensativo, pálido, conmovido porque sabia que detrás de la celosia de la torre debia estar Margarita, y sin atreverse á mirar no fue-se que en vez de Margarita estuviése alguna severa, cetrina y agria monja que hubiese sorprendi-

do á Margarita mirando y se hubiese entrometido á mirar lo que la jóven miraba.

— Es necesario ser muy prudentes para hacer el amor á una chica que está encerrada en un convento, porque las monjas, aunque parezca mentira, tienen un olfato muy fino para estas cosas, y pobre de la jóven confiada á ellas si la cogen en un renuncio, esto es, mirando enamorada á un mancebo á través de una celosía.

Pero en cambio los andaderos son la Providencia de estas parejas, una de cuyas mitades, la mas bella, está separada del mundo.

No sabeis de cuántas artimañas se vale uno de estos servidores esternos de las monjas, de qué modo ingeniosísimo sin que lo entienda la madre portera se ponen en connivencia con una doméstica del interior con la cual parte la ganancia de la intriga.

Por supuesto hay que hacer justicia á estos buenos andaderos protectores de los enamorados y

declarar que si bien se logra hagan penetrar una carta en el claustro es siempre cuando aquella carta va dirigida á una jóven que no ha de ser monja y que no esté en el convento sino porque su padre, ó su tío, ó su hermano, ó su tutor, la persona en fin de quien dependa la han encerrado, contrariando sus honestas aspiraciones; porque hay que advertir que seria muy difícil encontrar un andadero de monjas que se prestase á favorecer amores, no ya criminales sino irregulares, que generalmente hace jurar al enamorado que no quiere á Doña Fulanita sino para casarse con ella, y que será muy prudente y comedido en sus cartas, y confiando en esto el andadero recibe las cartas cerradas del novio, y las entrega cerradas á la doncella, su cómplice, que á su vez las entrega cerradas también á la novia, que contesta en otra carta cerrada que va á parar á las manos del novio.

Por supuesto que basta con que una monja, la última del convento, la mas humilde lega, huela

la introduccion de un papel amoroso en el claustro para que inmediatamente dé parte, se reuna la comunidad, se llame á la culpable, se la haga confesar su falta é inmediatamente se envíe una severisima carta de la abadesa á la persona de quien depende la horrible niña que se ha atrevido á recibir y contestar en clausura una carta inspirada por Satanás.

Resultado, la impura sale irremisiblemente del convento.

Pero nunca se compromete el andadero, porque ha previsto este resultado, y ha tomado sus precauciones, y mas estando tan á mano el demonio para echarle la culpa.

Necesario es confesar tambien en honor de la clase que la gran mayoría de los andaderos de las monjas que tienen en mucho su alma no se prestarian por nada del mundo á estos manejos.

Pero ¿en qué apostolado no hay un Judas?

VIII

Éralo y sublime Ginesillo Cantarrana, andadero en aquellos tiempos del convento de Santa Isabel la Real.

Pero para explicar la nueva situacion en que se encuentran nuestros personajes, necesitamos capitulo aparte.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL TOMO PRIMERO

CAPITULO PRIMERO.— Un nido de aguilas.	1
CAPITULO II. — Una carta.	17
CAPITULO III. — Los diez compadres.	53
CAPITULO IV. — Venta quemada.	51
CAPITULO V. — En que Pedro Quirós aparece misterioso y terrible.	69
CAPITULO VI. — De cómo Perico-Enreda tuvo muy buenas razones para arrepentirse de no haber sido mas valiente..	101
CAPITULO VII. — De cómo Pedro Quirós se separó de su gente para meterse en aventuras.	115
CAPITULO VIII. — Lo que pasó aquella noche en la casería del almirante de Castilla.	139

CAPITULO IX. — Una historia de sangre y misterio.	159
CAPITULO X. — Una historia de deshonra.	201
CAPITULO XI. — Cobra buena fama y échate á dormir. . . .	223
CAPITULO XII. — En que despues de otras varias cosas se demuestra que hay rehabilitaciones que son sarcasmos. . .	245
CAPITULO XIII. — En qué se habla de Pedro Quirós y de Margarita Enriquez.	267





